CENIT

sociología — ciencia — literatura

Sumario

Eusebio C. Carbó: **Un escrito póstumo: Color de las horas. Vivisecciones de rigor inexcusable.** — José Peirats: **Actualidad. La reforma del derecho civil en España.** — María Lacerda de Moura: **La ciencia al servicio de la degeneración humana.** — Sebastián Faure: **Las fuentes de la elocuencia. El orador popular.** — J. Alaudo: **Las actividades libertarias en el mundo. Del Japón hermano. El pensamiento vivo de Thereau.** — Hem Day: **He aquí nuestra Luisa Michel poeta.** — Severino Campos: **Los fundamentos del futuro libertario.** Han Ryner: **Un sueño de Judas.** — Suno: **Microcultura.**

MAYO 1958 **89**

Revista Mensual

PRECIO: 90 FRS.

NUESTRA PORTADA

La inteligencia del hombre ha conseguido desentrañar buena parte de los grandes misterios de la humanidad. Ha conseguido domeñar a la Naturaleza, poner al servicio de la humanidad sus enormes fuerzas.

Pero, desgraciadamente, la mala organización del mundo en que vivimos, la sociedad de intereses y de clases que el hombre universalmente considerado aún no ha sabido transformar, han utilizado también estas reservas de energía descubierta y liberada, no para mejorar la condición del sér humano y evitarle esfuerzo, sino para abocar a la humanidad entera a catástrofes ante cuya evocación el corazón humano se paraliza.

En la memoria de todos vive y vivirá el recuerdo espantoso de la terrible bomba de Hiroshima, donde fueron reducidas a polvo 250.000 personas. Pero es que la locura de los poderosos, la insensatez de los hombres que monopolizan la dirección de los Estados, sigue en aumento. Y cada día se suceden las explosiones nucleares, perfeccionando las armas de destrucción y de muerte.

«Cénit» reproduce en su portada el espectáculo fotografiado a gran distancia de una de estas explosiones.

¿Hasta cuándo los pueblos permitirán, en la inercia, que se preparen nuevas hecatombes y que una legión de locos, utilizando la ciencia para servir sus intereses, hagan correr a la Humanidad el peligro de una desaparición lenta o masiva; por irradiaciones mortíferas o por explosiones aniquiladoras?

CÉNIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción: Federica Montseny, José Borraz, Miguel Celma.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 250 francos; Semestre, 500 francos. — Exterior: Trimestre, 270 frs.; Semestre, 540 frs.

Número suelto: 90 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año VIII Toulouse, Mayo 1958 N.° 89

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS - Monte Esquinza, 30-3.° dcha.

UN ESCRITO POSTUMO DE CARBO (1)

COLOR DE LAS HORAS

VIVISECCIONES DE RIGOR INEXCUSABLE

DESDE que el antifascismo más o menos *serio y concreto* se generalizó y se puso al alcance de todas las fortunas, por admitir en sus filas a quienes durante años consagraron sus actividades a cantar aquellas formas disimuladas del fascismo que más tarde engendraron el que había de desbordarse luego entre torrentes de sangre y pirámides de escombros humeantes y sanguinolentos, se convirtió en una exposición permanente de incongruencias y capciosidades

En su nombre se apuntan a cada momento series interminables de «boutades» superlativamente peregrinas. Y no sabe uno a punto fijo si es lo más sano y equilibrado tomarlas en serio y clavar a sus gerentes responsables en el lecho de Procusto, o limitarse a contestar con olímpico desprecio: *Muchas gracias, señor, por el descubrimiento, y hasta luego.*

Ironías dolorosas.

En nombre de un fenómeno que alguien se obstina en presentarnos como nuevo, pero que es tan viejo como las más viejas formas del más viejo despotismo, son bruscamente invertidos los términos en que una cuestión candente no es planteada por las circunstancias. A este paso será pronto necesario someter a un detenido análisis de laboratorio el verdadero contenido fundamental de la *escuela antifascista.* Y es preciso insistir en ello, ya que las vaguedades del presente pueden tener proyecciones amenazadoras sobre el futuro.

Sentemos, aun cuando sea al modo de Pero Grullo, una afirmación categórica: el despotismo es siempre fascista, como el fascismo es siempre despótico. Ello basta para saber que cualquier vestigio del uno ha de engendrar las manifestaciones del otro. Y puede afirmarse que en la corriente antifascista, dándole el sentido de lucha contra todas las formas autoritarias, *no son todos los que están.* Por lo tanto, a cualquiera le es lícito afirmar que *tampoco están todos los que son.* Falta un rato largo para ello en ambos extremos.

Porque hay quien no puede estar. Hay quien, obedeciendo a imperativos de dignidad y de coherencia que no pueden ser orillados, se niega en redondo a colaborar con determinados elementos. Hay quien no quiere transigir en modo alguno con ciertas amalgamas peligrosas y negativas, considerando que los híbridos suelen ser infecundos.

Por otra parte, muchos se preguntan si no es ya hora de barrer todos los equívocos sin miramientos. Las luchas han de perseguir finalidades bien determinadas y ser expuestas con claridad meridiana, evitando que se presten a múltiples interpretaciones contradictorias entre sí. Y la perseguida por el antifascismo en auge, según la exponen sus portaestandartes, no aparece muy clara que digamos.

Sinceridad y convicciones.

Considerando que el fascismo es la realidad más palpitante y más terrible del momento que pasa, incluso algunos de aquellos que hasta hace poco se enorgullecían de ocupar un puesto de peligro en la escolta del porvenir ineluctable,

---

(1) Margarita Gironella, la abnegada compañera de Carbó, nos envía este artículo póstumo de nuestro querido amigo y colaborador. Carbó lo tenía preparado para enviarlo a «CENIT», dentro de un sobre e incluso con una carta adjunta, que conservamos como recuerdo. Que esta voz autorizada, desgraciadamente extinta, haga oir su último mensaje a los lectores de «CENIT».

le sacrifican sin reservas unos principios destinados a servir de base a las realidades de mañana.

Que conviertan en supremo ideal la lucha contra él aquellos infelices que por su limitado horizonte, o por no haber logrado franquear las concepciones anacrónicas y liberticidas en que reside el germen de todas las tiranías, permanecen aferrados a la idea de que el látigo es el regulador más eficiente de la conducta individual en sociedad, en virtud de lo cual están encuadrados en el marco del fascismo, acaso sin darse cuenta de ello, se concibe perfectamente.

Los vimos ayer en todas partes despotricar contra el fascismo de Mussolini en Italia, por ejemplo, mientras se sentían identificados con el de Pilsudski en Polonia, no menos brutal y sanguinario bajo ningún concepto, prodigándole sus aplausos fragorosos a todas horas.

Puesto que *oficialmente* no se hablaba del fascismo polaco o pilsudskiano, y que determinados sectores y determinados individuos tienen en cuenta tan sólo lo que reza el cartelillo y no la esencia de las cosas, el antifascismo *serio y concreto*, basado en artificios, vaguedades y términos medios y sin entronques perceptibles con el auténtico, con el único que tiene valor substantivo y constituye una promesa, podía lanzar fogosos anatemas contra *el uno*, mientras por modo indirecto le servía de sostén *al otro*.

¿Puede haber sorpresa en ello para nosotros? ¡Ni siquiera de lejos! ¿Había de ocurrírsenos en alguna circunstancia pedirle peras al olmo?

Pero esa conducta resulta incomprensible tratándose de aquellos que — adoptando posturas de Verbo de las izquierdas sociales, y hasta a veces de Némesis de la Historia — alardearon siempre de combatirlo sin tregua ni descanso en todas sus formas, francas o larvadas, y lo mismo si ocultaba tras la máscara sus infames designios, que presentándose a rostro descubierto...

Mixtificaciones intolerables.

Sin embargo, lo hacen con igual frecuencia que los otros. Y algunas veces con mayor insolencia. Obligados por la necesidad de justificarse de una manera o de otra, puesto que no se les escapa la falsedad cúbica de su postura, dogmatizan a todo trapo salidas de tono gigantescas. Y apostrofan a quien no acepte a ojos cerrados su exégesis bufonesca.

Nuestra sensibilidad es arañada con frecuencia por las afirmaciones sofísticas de algunos de ellos y por su jactancia de *domine* indiscutible al *descubrir* el estrecho parentesco entre la última guerra mundial y nuestra guerra civil.

«...En esta guerra, donde nos parece una traición a la humanidad el neutralismo, *vemos nosotros una continuación de la de España...*»

Está muy bien. Pero vayamos por partes. ¿Dónde están los *neutrales* entre aquellos indirectamente aludidos por el autor responsable — ¡y tanto! — del despropósito agresivo que comentamos? ¿Existen? ¿Podría señalar a uno solo que no se pronunciara abiertamente, sellando su filiación antiautoritaria con sacrificios personales, a veces cruentos, en diversos terrenos? ¿Sabe de alguno cuyo odio entrañable, vivo, desbordante a cualquier forma de opresión ofrezca la duda más remota? ¿Qué significa para él el *neutralismo?* ¿Con qué intención se refería a él? ¿Para complacer a quién?

En cuanto a que la segunda guerra mundial fuera *la continuación de la de España*, si fuese dicho en el sentido de que su resultado diferiría muy poco del que para nuestra guerra civil *quisieron a toda costa los abanderados oficiales de la lucha contra el totalitarismo*, nada tendríamos que objetar. La afirmación de que esa consecuencia era indefectible fué hecha repetidamente en las altas esferas políticas de diversos países ya en 1936. Pero no se decía que lo previsto era la resultante del abandono criminal en que se dejó a los combatientes españoles desde el primer día.

Nadie pensó ni por un momento en rectificar aquel abandono, resultante de un cotejo miserable entre dos linajes de intereses. El Estado y el capitalismo se hundirían en la nada de su origen si el pueblo, aplastando a la reacción, trepaba a la cumbre de una vida superior.

Abstruso sin dimensiones.

Pero lo que se quiere significar es otra cosa. Y para ello hay que falsear los hechos de punta a rabo. Y se hace sin reparos de ninguna especie. La verdadera intención aparece clara en el párrafo del que extractamos a renglón seguido lo puesto entre comillas.

«¿...Es que en España podíamos admitir de buena gana, desde julio de 1936, la teoría cómoda de *ni con los unos ni con los otros? El que no estaba con nosotros estaba contra nosotros y con el enemigo.* Y el argumento de que la postguerra no fuera lo que nosotros nos imaginábamos, no podía ser, no era un motivo para rehuir la lucha contra el franquismo. En el orden internacional seguimos pensando lo mismo, *porque la llamada guerra civil nuestra es ahora una guerra civil internacional...*»

¡Basta! Resulta demasiado fuerte. Y tiene que preguntarse uno a la carrera: ¿a quién se pretende dar lecciones de entereza y de coherencia? ¿No es esto hablar por simple antojo, no dándole fundamento a lo que se dice? Ligerezas que no enaltecen a quien las profiere. Desparpajo que constituye moralmente un delito. El tradicional *magister dixit* correspondiente a las selecciones de maravilla que no viven sin adoptar posturas de *domine* o de sabihondo.

Extremos que debieran aclararse...

¿Qué significa en realidad ese *nosotros* tantas veces repetido? ¿Quién ignora que se contaban por millares los individuos *que no estaban con nosotros*, pero espontáneamente — sin que nada más que su conciencia, sus sentimientos y su dignidad les obligaran a ello — se hacían taladrar el pecho en el frente? ¿De dónde sale la audacia que se necesita para afirmar que esos hombres — millones de veces más ricos en valor personal y en dignidad que sus *pitoyables* detractores — estaban con el enemigo?

¿Es que en un momento dado no llegó a ser como un signo de abyección *estar con nosotros?* Nadie ignora que se iba generalizando la disconformidad más rotunda con la *dirección oficial* de la guerra contra el fascismo, plagada de antipáticos y sospechosos equívocos. Pero todo el mundo sabe igualmente que los disconformes, los que *no estaban con nosotros*, no esperaban órdenes de los directores para romperse la crisma encarándose con las hordas asesinas del franquismo. Habiendo siempre sostenido que era preciso disponerse a todos los sacrificios en la defensa armada de la libertad y el derecho, estimaron que habría sido indigno y cobarde embarcar a los demás y quedarse en tierra.

¿Supieron imitarlos aquellos que se consideran llamados a trazarles a los demás la pauta para el cumplimiento de sus deberes? ¡Nunca! Ni en tiempo de guerra, ni en tiempo de paz. La afirmación incalificable de que *quienes no estaban con nosotros estaban con el enemigo,* es un ultraje escandaloso a la memoria de un número incontable de los que cayeron para siempre. Y no pueden decorosamente sentarla quienes, aun *estando con nosotros* y siendo aptos para manejar un fusil o una ametralladora — salvo que el temblor se lo impidiera —, no estuvieron en ningún frente, o estuvieron como visitantes inofensivos, el tiempo indispensable para impresionar unas placas...

Diluvio de palabras en un desierto de ideas...

Estar con nosotros llegó a significar disponerse a una *obediencia de cadáver.* No quisiéramos evocar recuerdos bochornosos, pero la Historia tiene sus exigencias y no debe ser escamoteado ninguno de los hechos que la vertebran. De tal obediencia se habló desde elevado sitial y con ligereza — que era al propio tiempo un reto — sin nombre y sin precedente. ¿Se dió cuenta quien lo hizo de que semejante procacidad, sonando en Barcelona, la ciudad de las rebeldías indómitas, de las audacias ejemplares, de las gestas magníficas, de los movimientos sin paralelo en ninguna parte y en ninguna época, cobraba la brutal apariencia de una provocación a todas luces sublevante?

Y llegó a significar más. Significó, también, pasar en silencio mil arbitrariedades. Y hacerse cómplice de un estado de cosas abominable. Y no ser ya más soldado de la libertad, sino pretoriano de un hombre o de un partido. Y la renuncia a pensar y sentir en alta voz. Y el eclipse de atributos y prerrogativas individuales cuya conquista fué regada con licor precioso.

Esos métodos, de un fascismo químicamente puro, mantenidos en nombre de un antifascismo equívoco, y esas disciplinas estúpidas y monstruosas, se les hacían insoportables a cuantos templaron su ánimo en la fragua de las luchas sostenidas en España desde muchísimo antes de la guerra civil. Y no necesitaban documentar su valor personal, ni alcaldes de barrio que lo certificaran. Y mucho menos ante aquellos que probaron hasta la evidencia carecer de él.

De espaldas a la realidad.

Les escapó el inmenso valor moral de ciertas cosas. Perdieron de vista el impresionante número de individuos que al caer se levantaban dispuestos a afrontar nuevas caídas, que desafían la cárcel con brío una vez tras otra, hasta sumar años enteros su estancia en ella. A ciertos mentores altaneros y ensoberbecidos, una amaurosis incurable les impidió ver las cruentas gemonías con que el despotismo gratifica a cuantos para acabar con él luchan a brazo partido sin tregua ni descanso, consagrando a esa obra la flor de sus energías y los años más bellos de su vdia. ¿No saben que los militantes de nuestro campo se negaron siempre a contemporizar, según están haciendo algunos que brindan la prueba concluyente de no serlo, en las horas de gran peligro, cuando su cabeza olía a pólvora o les rondaba la horca?

Esos hombres no necesitan lecciones. Pueden darlas. Además, les consta que algunas... *notoriedades* no afrontan con donaire ni la más tenues presecuciones, y las sellan con palideces y temblores.

¿Qué lote les tocó alguna vez en el reparto hecho por la brutalidad autoritaria triunfante? ¿Dónde están aquellas persecuciones sañudas y aquellos procesos ruidosos de que dicen haber perdido la cuenta? ¿Fueron capaces — ¡siquiera una vez! — del menor atrevimiento, sin arrepentirse de él *ipso facto* y sin buscar al *hombre de paja* que apechara con las responsabilidades?

Lo menos que se puede hacer es pedirles el pudor indispensable para cultivar el arte del silencio...

El absceso metafísico.

No nos habíamos dado cuenta de la similitud entre la guerra de 1939-45 y la que en España le sirvió de ensayo general desde 1936. ¿En qué se parecen? ¿Qué hilo conductor brinda la posibilidad de establecer entre una y otra cualquier entronque? Lo importante no es la *similitud externa.* Lo importante es lo que palpita en el fondo de cada una de ellas. Es el contenido. Fuera de lo medular no hay guía. Perder de vista la parte sustantiva de las cosas es desnaturalizar su misma esencia.

La de España fué una revolución auténtica. La de mayor alcance que la Historia registra hasta la fecha. Quiso arrancarle de las manos al capitalismo, cuyo representante político es el Estado, la riqueza natural y la creada por el esfuerzo humano en el curso de las generaciones, reconociendo toda su jurisdicción a las autonomías individuales, tan sagradas como el derecho a la vida.

⁂

¿Qué pasa? ¿Asistimos al prolapso de la facultad rectora en aquellos que antes coreaban el subversivismo? Se están esbozando por algunos con vituperable arregosto, los prolegómenos a una metafísica de la Historia. Se acumulan morbosidades que en ningún aspecto tienen justificación posible. Se registran a cada paso muecas histéricas y espasmos nerviosos. Se ha puesto en auge la genuflexión arlequinesca. En el justiprecio de los hechos se dicen cosas extravagantes.

¿Se trata de una dolencia? Tal vez. Por fortuna abundan los recursos patogénicos, siendo uno de los principales obstinarse en colocar una vez tras otra los puntos sobre las íes, desentrañando lo mejor posible la parte de los acontecimientos que se escamotean al público examen, poniendo de relieve que nunca tuvo tan serios fundamentos como ahora la esperanza de que el absurdo ordenamiento actual sea enterrado sin larga espera en las catacumbas de la Historia.

Perspectivas alentadoras.

En España, el pueblo tomó la palabra — y ¡cómo! — desde que vió al primer grupo de cuadrilleros sanguinarios dispuesto a ponerse en jarras. Cabe afirmar que, lo mismo por sus inquietudes, que por sus aspiraciones, que por la firmeza de sus propósitos, era el pueblo mejor dispuesto para ello.

La acción de sus enemigos, robustecida por la escandalosa complicidad de unos supuestos defensores, le obligó a poner sordina a sus designios.

A pesar del formidable cataclismo que siguió al estrangulamiento de la revolución española, los pueblos de Europa, por lo que fuere, no han dicho hasta hoy ni una palabra. Pero es seguro que, tardando un poco más o un poco menos — ya que hay gestaciones que no suelen ser rápidas —, hablarán *su lenguaje,* dictando veredictos inapelables. En

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

ACTUALIDAD

La reforma del derecho civil en España

EN el último Pleno de las llamadas Cortes españolas se dió lectura del dictamen por el que se modifican determinados artículos del Código Civil. Lo defendió D. José Alonso, director general de los Registros y del Notariado y fué glosada la reforma por el propio ministro de Justicia, señor Iturmendi. Antes, el señor Bilbao se había despachado a sus anchas en alabanzas a los periodos «fructíferos» de la labor legislativa que empezó «afirmando los principios fundamentales de un Estado de Derecho». Este Estado de Derecho tuvo necesidad del «hecho» de una sublevación militar, de una guerra civil de tres años, de más de un millón de muertos y de veinte años de dictadura.

En cuanto al señor Iturmendi, destacó éste cada una de las reformas que fundamentalmente lo son en el sentido que destruyen las innovaciones introducidas en el derecho matrimonial y privado durante la etapa republicana. «En un Estado confesional como el nuestro — dijo el señor ministro —, que hace profesión de fe católica, sin perjuicio del respeto debido a las creencias privadas, porque sabe que es la única y verdadera y que sobre ella se ha levantado su propia nacionalidad, y que considera que en la colaboración recíproca de ambas potestades, independientes y soberanas en sus respectivas esferas, está la mejor garantía de la prosperidad individual y social, el matrimonio de los bautizados necesariamente tenía que ser concebido y regulado como lo que es: como un sacramento instituído por Jesucristo».

La reforma consiste, pues, en hacer más clara la actual redacción del artículo 42 del Código que, por lo visto, se prestaba a capciosas interpretaciones, lo que, dicho sea de paso, suele ocurrir con todas las leyes. En adelante, no habrá especulación posible: el matrimonio habrá de contraerse canónicamente, en la iglesia, cuando al menos uno de los contrayentes profese la religión católica. Ya sabemos lo que en España, y en otras muchas naciones, significa «profesar la religión católica»: el acto de profesión se adquiere lisa y llanamente mediante el sacramento del bautismo, es decir, cuando el sacramentado católico, el niño

---

las altas esferas se reconoce con espanto que evitar tales derivaciones constituye un imposible matemático, circunstancia que quita el sueño a los que por encima de todo quieren salvar el *statu quo ante*.

Nosotros estamos convencidos — y ese convencimiento nos comunica poderosos alientos — de que ello ocurrirá al hacerse patente que los males fueron engendrados por una guerra que era imposible con la revolución triunfante en España.

Y entonces podrá decirse — ¡no antes! — que *la guerra civil española se ha convertido en guerra civil internacional.*

Conclusión.

Nosotros no somos neutrales. No podemos serlo. No lo seremos nunca. ¿Cómo han de serlo los enamorados fanáticos de la libertad, del derecho, de la justicia? El totalitarismo, ya antes de llamarse como ahora, dejó huellas de sus zarpazos en nuestra vida. La vileza de sus designios nos ha impuesto muchas veces más o menos altas contribuciones.

Pero el hecho de ser enemigos irreductibles, sin excluir ninguno de sus matices, no puede obligarnos, por mucho que se obstinen en ello determinados señores, a comulgar con ruedas de molino. No puede obligarnos a ir del brazo con aquellos que, cobardes como castrados, principiaron a combatirlo en el momento de hacerse peligroso seguir defendiéndolo.

Somos beligerantes siempre que se trata de imponer respeto a los atributos que la sociedad le niega al individuo. Pero ello no implica necesariamente la obligación de aplaudirlo todo. No obliga a desencuadenarse la columna vertebral a fuerza de reverencias. Ni a descubrir que fulano o perencejo son estadistas de *formato poco común* en los últimos siglos. Ni a caer en una especie de deliquio místico contemplando — mientras se cierran los ojos a ciertas páginas que chorrean sangre — *el respeto escrupuloso y ejemplar que le merecen a Inglaterra todas las libertades y todos los derechos.* Ni a tomar en cuenta y difundir la promesa solemne de que *todos los pueblos serán libres después de la guerra...* silenciando que esa *libertad de los pueblos*, según está probado, dista mucho de ser incompatible con el más salvaje *sometimiento de los individuos.*

⁂

No. A nada de lo señalado obliga el hecho de ser beligerantes. Si a tales extremos llegara, la beligerencia estaría en pugna irreconciliable con el decoro personal, y el hombre de principios, en cuyo espíritu se han hecho carne y vibración perenne determinadas concepciones, tendría que optar a la carrera, sin medir las consecuencias de su actitud gallarda, entre unos deberes humillantes que niegan su personalidad y los mandatos de la propia conciencia.

Quien se estima no puede permitir que sus palabras tengan ni la más remota apariencia de adulación a los poderosos, ya que ello es tan degradante como mostrarse contrito de las propias rebeldías y dar palabra a la autoridad en funciones de no incidir en ellas.

Quien adopta, por lo que fuere, actitudes tan tristes y tan profundamente antipáticas, da la sensación de una vacuidad inmensa y de servir lo mismo para un barrido que para un fregado.

Eusebio C. CARBO

recién nacido no puede disponer de lo que la misma institución católica llama «libre albedrío».

Otra de las enmiendas al Código vigente consiste en que el matrimonio canónico produce desde su celebración plenos efectos civiles. La inscripción en el registro civil, que se señala como acto complementario de reconocimiento, no es más que una facultad que se reserva el Estado para no quedar al margen de los acontecimientos, nunca una condición «sine qua non». En cuanto al matrimonio civil propiamente dicho se declara subsidiario y sólo autorizable cuando se pruebe que ninguno de los contrayentes profesa la religión católica. A nadie puede escapar el alcance de esta prueba. Independientemente de que el bautismo es prácticamente insoslayable para los efectos legales, de por sí, sistemáticamente, mediante la casuística teocrática del Estado franquista, todos y cada uno de los españoles caen en bloque bajo el signo de la confesión católica. Lo recuerda el señor Iturmendi en su glosa de este artículo: «A nadie debe extrañar el requisito de la prueba, pues es de clara presunción en una nación católica como la nuestra, avalada por una realidad consoladora, que los contrayentes profesan la Religión Católica, a no ser que se pruebe lo contrario». La prueba se prejuzga, pues, completamente inocua por lo que respecta a los contrayentes españoles. El matrimonia civil queda previsto solamente para cierta categoría de súbditos extranjeros y, todo lo más, para determinados ciudadanos pudientes, «más papistas que el Papa». Por lo que se sobreentiende que la reforma no lo es sino en la medida que da amplia satisfacción a las capitulaciones del vigente concordato.

Otra de las reformas versa sobre la licencia que los hijos mayores y menores de edad precisan de sus padres para efectos matrimoniales. Se limita aquí la enmienda a atenuar el posible abuso de la autoridad paterna. El matrimonio de menores de edad sin consentimiento paterno sigue siendo ilícito, pero sobre las negativas insuficientes que puedan oponer los padres entiende y dirime en tanto que árbitro de calidad el ordinario del lugar (la autoridad eclesiástica), en el matrimonio canónico, o el presidente de la Audiencia, en el matrimonio civil. Dada la doctrina eclesiástico-estatal sobre la autoridad indiscutible del jefe de familia, se comprenderán los cortos alcances de la reforma. En cuanto a los contrayentes mayores de edad los reformistas se inclinan ante el hecho consumado por la ley y la costumbre, si bien se estima recomendable el consejo de los padres, no como exigencia legal.

Sobre los alcances institucionales de estas menguadas reformas, el señor ministro de Justicia informó al coro de procuradores ampliamente: «Al pensar y obrar así — dijo — no hacemos otra cosa que continuar la ruta ya iniciada y trazada desde nuestra primera hora. Porque es conveniente recordar a las mentes desmemoriadas, que parecen haberlo olvidado, que fué necesaria toda una Cruzada de Liberación para deshacer las alevosas agresiones que el régimen republicano inflingió a la conciencia nacional, entre otras: al instituir el matrimonio civil como el único posible legalmente en España, desconociendo el aspecto religioso intrínseco de la institución, y al establecer la ruptura del vínculo matrimonial el divorcio, disolvente de la propia familia y factor de corrupción de costumbres». La verdad es que al matrimonio civil «único posible» de la república, los cruzados han contrapuesto el matrimonio canónico «solo y absoluto».

Ya en otra ocasión hube de referirme al problema de la capacidad jurídica de la mujer española. Fué con motivo de una campaña valiente llevada a término por la abogado Mercedes Fórmica. La campaña derivó en encuesta y hasta en polémica, en la que intervinieron muchas fuerzas vivas de la magistratura, de la toga y del manteo. El proyecto de reforma del Código Civil es un amago de satisfacción a aquel clamor, o mejor: inspirado en el clima centrista de aquella polémica. Aquí hubo que optar entre todas las consecuencias que se derivan del reconocimiento de la igualdad moral y material de los nacidos sin distinción de sexo y el que constituye dogma tradicional en la legislación española. Sobre el primer aspecto, la reforma revisa en cuanto a la capacidad de la mujer para ser testigo en testamento y en lo que se refiere al desempeño de cargos tutelares, aspectos marginales al nudo gordiano de la cuestión. Se reservan sin embargo los reformadores en cuanto a la menor alteración sobre el que llaman principio fundamental y de unidad de dirección de la familia.

Se define la familia como entrañablemente tradicional, con fines morales y sociales trascendentales a cumplir; se estima la igualdad sustancial de los cónyuges y hasta la colaboración que se deben. Pero el dictamen viene imbuido del dogma de absolutismo autoritario que trasudan las rancias instituciones españolas. Por encima de todo hay que mantener en la familia la unidad de dirección como garantía de la colaboración, no la colaboración como condición indispensable de la unidad.

No ignoran los ponentes del proyecto que existen en el Derecho Civil contemporáneo determinadas tendencias o direcciones que recusan el principio de unidad de dirección matrimonial por el de coparticipación de ambos cónyuges. Pero para los leguleyos franquistas no hay señuelo democrático que valga cuando se trata de enmendar la plana a su rancidez legislalativa: «Más lo atrayente — dice Iturmendi — del régimen de cogobierno en la sociedad conyugal por el marido y la mujer no puede apasionarnos hasta el extremo de ignorar: que todo ente colectivo se disocia si carece de unidad de dirección; que la unidad de dirección que la facultad marital ejerce, más de carácter tuitivo que autoritario, se corresponde con la unidad de vida que el matrimonio crea; que en esa misión rectora matrimonial colabora la mujer conforme a sus aptitudes y en servicio de los fines superiores de la familia; y que ese sistema de cogobierno, como todos los de carácter dual, más o menos pronto desembocaría en la necesidad de hacer intervenir a una jurisdicción dirimente para resolver la falta de coincidencia de los esposos en asuntos relativos a la vida común, con lo que llegaríamos a estimar normal la intervención judicial en la vida de la familia, que debe quedar reducida a los casos límite, típicamente anormales, en los que una actitud unilateral e irreductiblemente abusiva perturbe la paz familiar, los derechos de los cónyuges o el interés de los hijos, que es, en definitiva, el interés protegible por excelencia».

¿Por qué pondrá tanto empeño la Iglesia — por cuya boca hablan los legisladores franquistas — en declarar indisoluble el matrimonio? Tal vez porque pretende pasar como garanta imprescindible de un hecho que, en el fondo, no necesita garantía. Si hay en el mundo una cosa indisoluble es el matrimonio o, mejor dicho, la familia. Los casos de disolución que se pueden apreciar corrientemente son excepciones que antes que negar confirman la regla. Pero la indisolubilidad de la familia no se debe a lazos sacramentales ni jurídicos, ni siquiera a la dictadura del marido. El marido es precisamente el puntal más quebradizo de la estructura

familiar. Por lo contrario, de ser necesario un recurso de fuerza como garantía de la asociación familiar, esta función correspondería de hecho y de derecho a la mujer. Por sus instintos siquiera, por su manera de ser, la mujer está más cerca de la naturaleza, más cerca de la reproducción y de la conservación de la especie, más apta para la vida doméstica y más compenetrada con los hijos y el hogar. Todo lo demás son sutilezas sofísticas. La sola musculatura, la fuerza física del hombre, la supuesta superioridad de su inteligencia no nos sirven para el caso. En el hogar estas facultades varoniles son evidentemente inferiores a las que adornan al «ama de casa». El hombre ha llevado y lleva su envanecido criterio jerárquico-patriarcal a la institución familiar como un eco de su predominio político-social. Eso es todo. Y en los países de dictadura jerárquico-teologal, más todavía.

En otros aspectos la reforma no hace más que plegarse al uso o costumbre. La mujer viuda que contraiga nupcias conservará en adelante la patria potestad sobre los hijos habidos en el anterior matrimonio, privilegio del que sólo gozaba el marido, «con lo que queda sin efecto — confiesa el señor ministro — la desigualdad de trato denunciada, de la que, dicho sea en nombre de la verdad, el vigor del espíritu familiar viene haciendo caso omiso».

Otro de los aspectos reformados es el de la discriminación de sexo, favorable al hombre, desfavorable para la mujer, en las repercusiones del adulterio como causa legítima de separación de los cónyuges. Muy débil debe ser, sin embargo, la nueva medida sobre los bienes comunes matrimoniales. Iturmendi pone mucho ahinco en el amplio margen de libertad de los que se unen en matrimonio para determinar las condiciones de la sociedad conyugal. Se apunta solamente que será necesario el consentimiento de la mujer cuando el marido quiera disponer de los bienes inmuebles y establecimientos comerciales. Pero muy débil debe ser la medida cuando el propio comentarista afirma que: «la concurrencia de posibles vicios de consentimiento pertenece al campo de lo excepcional sin que pueda presumírselos en el desenvolvimiento normal de una vida familiar». En otras palabras, la ley confía aquí en el buen sentido de responsabilidad de los contrayentes. Subterfugios que confirman estas palabras del expositor oficial: «ni es tampoco prudente que, en el afán de proteger aquellos intereses de la esposa vayamos a desembocar en sistemas que, como el de la obligada intervención de ambos cónyuges en los actos dispositivos sobre toda clase de bienes, fueran capaces de crear perturbaciones graves al tráfico jurídico general».

Una de las cuestiones batallonas planteadas por la jurista Mercedes Fórmica era la del domicilio conyugal que, al producirse la crisis matrimonial, establecida la separación de cuerpos, sigue siendo el domicilio del marido. Secuela de este mismo problema es saber a quien pertenecen los hijos En la reforma entra en juego «un ponderado arbitrio judicial» que establece el correspondiente título de la Ley de Enjuiciamiento Civil, de la que, según Iturmendi, «desaparece por innecesaria y vejatoria lo relativo al depósito de la mujer casada». Otro ponente, D. Manuel Escobedo, fué más explícito a este respecto: «En la mujer casada — afirmó — las primeras medidas se han de acordar cuando ésta se proponga interponer demanda de nulidad o separación matrimonial o querella por amancebamiento, siempre a sus instancias. El juez habrá de apreciar discrecionalmente la necesidad y urgencia del caso y, si concede esta separación provisional, habrá de decidir también sobre la entrega a la propia mujer de los hijos menores de siete años. También el juez habrá de decidir cual de los cónyuges debe continuar en el uso de la vivienda común, los hijos que deben quedar en poder del marido o la mujer, sin determinar edad y señalar alimentos, litis, etc. La mujer menor de edad habrá de quedar confiada al padre o a la madre o a la persona a quien correspondiera la tutela».

De todo lo anterior se infiere que lo más arduo del problema queda al arbitrio discrecional del juez correspondiente.

En 1953, la valiente actitud de la letrado Mercedes Fórmica me había inspirado este comentario: «La mujer que al casarse ha aportado al hogar, además de la dote los bienes propios llamados parafrenales, al producirse la separación estos bienes pasan a ser propiedad del que la ley española considera como propietario del hogar. Corren la misma suerte los bienes gananciales, o sea los adquiridos por colaboración de ambos cónyuges durante el matrimonio, pues según esa misma ley la mujer casada no puede adquirir ni enajenar bienes, a título oneroso ni gratuito, ni ejercer comercio ni siquiera comparecer ante juicio sin la autorización del marido. La mujer casada no puede ser testigo en un testamento. La mujer española carece de capacidad legal para ser tutora. Al casarse, pasa de la tutela de los padres a la del marido. En consecuencia, al producirse la separación conyugal, la mujer vuelve a quedar bajo la tutela paternal. Con el agravante de que con la separación la esposa pierde todos los derechos sobre el hogar conyugal, sobre sus bienes e inclusive sobre los hijos mayores de tres años...».

Respecto al derecho sucesorio, el proyecto adoptado asegura al cónyuge superviviente el mínimo cuantitativo que del patrimonio hereditario le corresponde. Este derecho se fija en un tercio de la herencia para el superviviente con hijos; en la mitad de no existir descendientes pero si ascendientes; y en dos tercios de no existir descendientes ni ascendientes.

De todas maneras, antes de emitir juicio definitivo sobre los supuestos beneficios de cualquier reforma legislativa, en el caso de que en verdad lo sea, es prudente informarse si lo establecido o prohibido taxativamente por las nuevas leyes no ha sido ya previamente arrumbado por los usos y costumbres de las gentes, en suma, por evolución del derecho consuetudinario. La labor del reformador se resume muchas veces a imitar al leñador en su tarea de podar y retirar del árbol las ramas muertas.

José PEIRATS

LA CIENCIA AL SERVICIO DE LA DEGENERACION HUMANA

LA Humanidad conserva la mentalidad rutinaria, atrasada, empírica, de todos los rebaños y de todos los tiempos. Aun más: la civilización ahoga el instinto animal de defensa.

La evolución es individual y el tradicionalismo de las multitudes está asegurado por la influencia ancestral fosilizada en el subconciente colectivo, y por la educación, domesticadora hasta el servilismo.

Empero, si el rebaño humano es siempre el mismo, hambriendo de pan y de diversiones, guerras o circo, política o cine, sediento de placeres brutales y de espasmos sensuales, ola inmensa ondulando al gusto de un Alejandro, un Amilcar Barca, un Aníbal, un Xerxes, un Napoleón, un Mussolini, un Papa, etc.; la ciencia por su parte ha producido tanto que ha dado origen al fantástico desequilibrio de la vida social, puesto inmediatamente al servicio de las innumerables perversidades y de toda imbecilidad humana.

Descubrimientos, investigaciones, los métodos científicos atestiguan el esfuerzo de la élite intelectual. Por otro lado, científicos que se venden cínicamente al poder, al capital, a las vanidades de las exibiciones.

Y el capitalismo industrializado se apodera de todo ese afán científico, aunque se encuentre en estado embrionario, de manera que canaliza a las energías humanas por una dirección única: la lucha de los competidores, la concurrencia económica, el asalto a las posiciones ya ocupadas, el nacionalismo y, consecuentemente, las guerras.

Todo el género humano vive en el seno de la complicidad brutal, en la prostitución en todos sus aspectos, ya que la organización social capitalista es un vasto lupanar en donde se compran y venden todos los nobles sentimientos y las más nobles aspiraciones, el Amor y la Conciencia, las más altas manifestaciones de la vida humana.

Y toda la humanidad, en tiempo de paz como en tiempo de guerra, vive, trabaja y lucha para la complicidad que conduce a los humanos hacia los feroces mataderos de los campos de batalla.

Y en cuanto a las iglesias donde se pregona el «Amaos los unos a los otros» y se recuerda el «No matarás», sacerdotes patriotas bendicen los aviones guerreros, en nombre del mismo Jehová terrible, en nombre del Dios sanguinario de todos los ejércitos de las patrias exclusivistas y del chovinismo cristiano.

Ocurre aún un fenómeno digno de mención: los propios científicos no se sustraen a la influencia de las muchedumbres. Y en sus laboratorios, en medioo de retortas y máquinas, experimentan, investigan, atúrdense en la inquietud absorvente de resolver problemas o aproximarse a determinadas verdades, admirables, superiores y grandes en su perseverancia; pero, cuando logran una pequeña realización y vienen al escenario social para aplicar el resultado de sus experimentos, caen al nivel multitudinario, descienden a la vulgaridad del dogma, a la mediocridad domesticada y perversa de la Patria y de los partidos.

Porque entonces surge lo nacionalista, lo religioso al servicio de la superstición y de la ignorancia; el ciudadano al servicio de los gobiernos y las banderas, contra otros gobiernos, otros ciudadanos y otras banderas.

Y toda su ciencia se arrodilla a los pies del capital y de la industria. El esfuerzo superior del hombre libre se desvía y prostituye.

Todos los descubrimientos sin excepción, todas las investigaciones de la ciencia son acaparadas por los intereses industriales y para ulteriores y posibles conquistas bélicas.

La aviación es un instrumento nacionalista que maneja la embriaguez patriótica o el espejismo político, para emborrachar a los ciudadanos con la sagrada defensa de la patria gloriosa... Y hasta las palabras tienen su prestigio en el despertar de las emociones o de las pasiones rastreras sobre el sentimiento del «deber nacional».

El vapor, la electricidad, la radio, todo, absolutamente todo, tiene su preponderante papel en la destrucción por la guerra, en nombre del Moloch de la patria.

Sabido es que quienes mueven los cordones de la diplomacia y del Estado son los banqueros, los famosos industriales de aviones, submarinos, acorazados, torpedos y ametralladoras (1); intereses de caníbales nutriéndose en los campos de batalla.

Y ved como el rebaño humano continúa defendiendo y respetando, patriótica y religiosamente, a todos los intereses legislativos y nacionalistas, a toda autoridad constituída para afilar los cuchillos de la matanza, de esa carnicería piadosa, que corta pescuezos o abre vientres de todos los que van, entonando himnos, a alimentar la boca estriada de los cañones, de las máquinas de guerra que reciben y trituran carne humana y la transforman en la moneda corriente con que los grandes industriales y políticos, sus cómplices, compran el poder, la gloria y las cortesanas.

Recuerdo que hasta la inmensa bondad de Mme Curie trabajaba para la destrucción del género humano. Santos Dumont se sintió profundamente arrepentido por haber contribuído con su invención, a la gloriosa carnicería de dos millones de víctimas, en la civilizadora ferocidad de la Primera Guerra mundial.

---

(1) Y todo el arsenal bélico de la era atómica.

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

El cine cultiva la imbecilidad (2), el preconcepto de la fuerza bruta, el prejuicio patriota, la superstición religiosa, la moral farisaica de la sociedad filistea, el mundanismo parásito, todas las tonterías seculares y todos los crímenes de bruta alegría. Rara es la película de moral elevada, tan rara que los cinemaniacos, en su conjunto, la repudian.

Fué el séptimo arte un descubrimiento feliz, soñado tal vez para la Escuela Moderna, para el cultivo de la inteligencia, que pronto cayó en las mallas del industrialismo absorvente y fué colocado ante el amargo sabor y el limitado alcance de las multitudes, en vez de servir para elevar la mentalidad humana al nivel del ideal científico puro y de las aspiraciones de renovación social por la educación (3).

Todo esto nos hace pensar que la civilización del dólar será engullida por sí misma, morirá de apoplejia.

Lo que se verifica con el cine al servicio de la imbecilidad y de la ignorancia sentimental, ocurre también con la radio (4).

La radiotelefonía es el instrumento de la policía, y una agencia noticiosa de todas las drogas que envenenan a la humanidad, inclusive la droga académica y literaria, la droga histórico-patriótica, la droga de las caravanas políticas y la droga de los encuentros pugilísticos y los concursos de belleza.

Desgraciadamente, Santos Dumont, Edison, Marconi, Mme Curie y otros sabios, han sido sin darse cuenta instrumentos del progreso material para la conquista del poder, del dinero, para el estancamiento de las fronteras nacionales, para el incremento de los capitales, de las banderas y los nacionalismos. Desde luego, en tiempos del fascio, ya Marconi llegó hasta vender su conciencia: fascista, marqués, senador, presidente honorario de la Academia de las Letras de Italia.

Cada descubrimiento científico es nueva fuente de conflictos nacionales, concurrentes para el periódico aniquilamiento de los seres humanos. En este momento, todos los grandes laboratorios están ocupados en la fabricación de artefactos superbélicos, para la próxima guerra. Hasta hay científicos ocupados en cultivar la virulencia de los microbios patógenos (5).

El mismo mundo proletario, que apenas protesta ahora contra la civilización burguesa capitalista, zapa la degenerescencia de la especie y coopera en esa lucha dantesca, imprimiendo las imbecilidades escritas por la burguesía académica, patriótica y mundana, y fabricando municiones y armas de guerra. Hoy, todas las conquistas del progreso material constituyen armas de guerra para el sustentáculo del dominio de los unos, y para el servilismo y la domesticidad de los otros.

Sin desear el mal a nadie, podríamos afirmar que sería preferible que los obreros se amputasen ambas manos antes de trabajar en los arsenales guerreros, fabricando para el militarismo. Deberían tener vergüenza de si mismos si reivindican derechos de libertad, después de ocho o más horas de trabajo en los astilleros de bojeles bélicos, o en esos arsenales de perversas idioteces (verdaderas reuniones de comadres) que son, a guisa de ejemplo, las redacciones de la prensa oficial.

De cualquier modo, dentro de la civilización, toda la humanidad concurre a vese obligada a concurrir hacia el canibalismo patritico de las trincheras y de los saqueos militares.

Entretanto, el trabajo intelectual no excluye al trabajo manual y viceversa; por el contrario, la armonía de todo el sér procede de la energía física en acción y del placer de pensar, accionar y crear mentalmente.

El único hombre que no contribuye directamente para la guerra, para la destrucción, para el hambre, para la peste y para la miseria física o moral, es el pequeño agricultor. No el capataz de campo que dirige, gobierna y explota, con el rebenque en el puñoo, que humilla a sus semejantes, enriqueciéndose con el sudor ajeno; sino, el humilde labrador que cava la tierra y siembra la nutrición, la vida, la fuerza, la alegría de la abundancia y la sana fecundidad, puesto que, si no contribuye a la riqueza social capitalista, tampoco posee intermediarios en sus transacciones comerciales.

¿El retorno al trabajo rudo de la tierra será, por lo tanto, con tranquila conciencia, el alejamiento de toda complicidad con la organización social, basada en la explotación del hombre por el hombre? Aunque me parezca que esto no es aún posible, comprendo que es justamente en la producción de la tierra y en la propiedad de la tierra donde se alinea todo el formidable edificio de la explotación social.

Si nadie plantase sino lo estrictamente necesario para sí y para sus hijos menores, para los ancianos, las madres y sus lactantes, como así para los inválidos de su familia, al mismo tiempo que practicase el apoyo mutuo, no se formarían los «trusts» (6) del café, del azúcar, del algodón, del arroz, del trigo, de la yerba mate, de todos los graneros de primera necesidad, para hacer la fortuna de los reyes de la agricultura industrializada, que se enriquecen a costa del sudor de los trabajadores del agro.

De ahí la abierta concurrencia para las luchas comerciales de competición, origen de las guerras modernas.

Es el exceso de producción, en todos los aspectos, en la tierra como en las industrias, la causa de casi todos los conflictos en la sociedad actual. Nuestro mal no viene de la carencia, sino del exceso de producción. La miseria del mundo moderno procede también del hartazgo, del exceso de riqueza capitalista y del progreso material. De la mala distribución de los alimentos. Bien

---

(2) Y el cine a domicilio (televisión), en grado superlativo.

(3) En nuestros tiempos, el formidable incremento del vicio del celuloide, cancera infinidad de conciencias. Es, posiblemente, el más notable vehículo del tedio y del hastio, dos síntomas crónicos y palpitantes de la multitud aburrida.

(4) El hombre es un animal ruidoso. Los adeptos al silencio pitagórico se cuentan con los dedos de la mano. El vicio de la radio llega a cúspides asombrosas, hasta el punto que son escasas las familias que no poseen en su hogar alguno de esos cajones canto-parlantes, que les ayudan bastante a rematar su ya muerto tiempo.

(5) La epidemia de gripe en el pasado invierno, posiblemente ha sido un ensayo bacteriológico patógeno, originado en algún laboratorio bélico del mundo. Ensayo más bien benigno, en espera de una posiblle guerra de bacterias.

(6) Palabra derivada del verbo inglés **to trust** (confiar), que ha tomado el sentido de «monopolio».

LAS FUENTES DE LA ELOCUENCIA

EL ORADOR POPULAR

ORADOR n. m. (del latín: **orare,** hablar). Hombre o mujer que pronuncia un discurso en una asamblea. Según la composición del auditorio ante el que se pronuncia el discurso, según el lugar en el cual el orador habla y el tema que trata, el orador es diversamente calificado. ¿Habla en un edificio destinado al ejercicio de un culto religioso? Quien así habla es un orador **sagrado.** ¿Habla en una asamblea legislativa, se dirige a diputados o senadores? Entonces es un orador **parlamentario.** Si habla a magistrados o jueces, pertenece a la elocuencia **judicial.** Si se dirige, en una sala cualquiera, a una asamblea compuesta por auditores pertenecientes a las más diversas clases sociales, quien así ocupa la tribuna es lo que se puede llamar un orador **popular.** En Inglaterra se llama **orador** (1) a quien preside la Cámara de los Comunes; es elegido por la pluralidad de votos; es el que expone los asuntos sometidos a la aprobación de la Asamblea.

De un modo general, se llama orador al o a la que practica el arte de la elocuencia y el discurso público.

Desde los tiempos más antiguos, la elocuencia ha tenido un lugar importante y ha jugado un gran rol en el curso de los asuntos públicos; el arte oratorio ha ejercido una influencia considerable sobre la opinión y, por este motivo, sobre los acontecimientos. Si es verdad que el arte de la palabra fué siempre potente sobre el espíritu de los hombres, no lo fué más que en la medida en que la libertad fué respetada. El despotismo, la tiranía, la Autoridad absoluta son mortales para la elocuencia y no podría ser de otro modo, cosa que se concibe sin pena. Pues la verdadera elocuencia tiene por fuente a la pasión llevada hasta su nivel más elevado y un régimen de libertad, al menos relativo, es indispensable al florecimiento y a la madurez de la pasión.

Pasión por lo Verdadero, pasión por lo Justo, pasión por lo Bello no pueden nacer y florecer en una atmósfera donde no sería posible expresarla. El silencio impuesto la debilita, la represión la ahoga, la violencia la mata. Las épocas más agitadas, los tiempos más tumultuosos de la Historia han sido los momentos en donde el arte de hablar se ha elevado hasta las cimas. Es el período de la transición, cuando las ideas nuevas entran en fermentación, en donde la elocuencia ha revestido más brillo y las jornadas de efervescencia y de movimiento revolucionario han sido las que han registrado las llamadas más patéticas, las arengas más apasionadas y los discursos más elocuentes. Atenas tuvo oradores magníficos antes de que Grecia cayera bajo la dominación absolutista de los sucesores de Alejandro. Entre esos grandes expositores de la palabra, citemos a Pericles, Alcibiades, Cleón, Demóstenes, Foción, Esquino y Demetrio de Faleres (2). Roma conserva su tribuna pública hasta la instalación del poder supremo y absolutista de César y sus acólitos, por el Triunvirato del Imperio: los dos Gracos, Crasus, Antonio, Hortensius y sobre todo Cicerón, fueron ilustres oradores. El arte oratorio no existía casi en Francia antes de la Revolución. Durante algunos pocos siglos que precedieron a la Revolución Francesa, sólo los oradores sagrados, los grandes predicadores de la Iglesia católica—que tuvieron

1.—Orator o speaker, en inglés.

2.—Sin olvidar a Sócrates, sin duda el más sabio de los hombres. Su famosa oratoria consistía en la «ironía» (crítica) y la «mayéutica» (parto de la ajena conciencia). Véase a Han Ryner en «Les véritables entretiens de Socrate» (Las verdaderas pláticas de Sócrates).

---

ordenado todo, la tierra daría lo suficiente para alimentar a su población.

Es el trabajador verdaderamente consciente, obrero manual o científico manipulando el pensamiento en el fondo de las retortas o en los cálculos o los problemas, buscando los ritmos naturales, buscando la razón de ser de la vida; y no en las fábricas para abrir el vientre de sus propios hijos en holocausto al sangriento altar de la patria, ese ídolo sanguinario de tan terribles fauces que absorve las energías de todos los asalariados del trabajo.

Si hubiese verdadera comprensión del deber humano, los individuos libres, hombres y mujeres conscientes, se negarían a pactar con esta civilización de vampirismo social, retornando al rudo trabajo de la tierra, a la vida sencilla y natural, tan llena de compensaciones, de libertad, que culmina en la alegría de la conciencia y que no desciende a la cómplice lucha del aniquilamiento de la Humanidad (7).

María LACERDA DE MOURA

Trad. y notas de V. Muñoz.

(7) Los familiarizados con la obra de María Lacerda, saben que ésta preconiza el libertarismo ruralista. Tierra y Libertad, como escape y solución a la englutidora asfixia del pulpo capitalista. Empero, la sociedad moderna, asentada en el mundo de las finanzas (los bancos son los verdaderos y más amados templos del orbe), imposibilita casi dicha realización, pues la gigantanasia industrialista tiene bien asida a la humanidad esclava. De todos modos, el individuo lúcido y clarividente escapará lo más posible a la explotación despiadada y, visto el horror ciudadano hacia la tierra, procurará hallar libertariamente en ella, la libertad económica.

Este trabajo, como otros que se publicarán de dicha autora en esta revista, aparecen por primera vez en castellano.

licencia plena para predicar los Evangelios y pronunciar las oraciones fúnebres, han representado el arte del bien decir. Entre los más notables predicadores de aquellos tiempos cabe citar a Bossuet (1627-1704), Fenelón (1632-1704), Fléchir (1632-1710), Bourdaloue (1631-1715) y Massillon (1663-1742).

Poniendo fin al despotismo real y abriendo una era de libertad desconocida hasta entonces, la Revolución Francesa puso un término al estrangulamiento del pensamiento y de su expresión :la elocuencia. Durante la «Constituyente», la tribuna resonó con los discursos soberbios de Mirabeau, Maury, Barnave, Cazalés, los Lameth, Dupont, Brissaud, etc... En la «Convención», fueron los Danton, Robespierre, Saint-Just, Billaud-Varennes, Collot d'Herbois en los bancos de la Montaña, y, entre los Girondinos: Vergniaud, Guadet, Gensonné, Boye-Fonfrede, fueron los oradores más justamente renombrados. Por haber estado por entero reservado a la detestable gloria militar, el Imperio no tuvo ningún orador sobresaliente. Con la Restauración, el arte oratorio volvió a florecer en Francia; entre los más notables oradores de aquella época podemos citar a Royer-Collard, Camille Jordán, Manuel y Foy. En el reinado de Luis Felipe, la tribuna parlamentaria fué ilustrada por los Berryer, Guizot, Thiers, Garnier-Pagés y Michel de Bourges. Vinieron luego Lamartine y Ledrú-Rollin y, más tarde y más cerca de nosotros, siempre como oradores parlamentarios: Gambetta, Waldeck-Rousseau, Jaurés y Viviani.

A título documental, he citado todos estos nombres de oradores que pertenecen a la posteridad. Me queda a indicar en qué fuentes mana la elocuencia verdadera, cómo se hace su aprendizaje en el arte de hablar al público, cuáles son las dificultades que deben vencerse y por qué esfuerzos se llega a ser orador; en fin, en que consiste el arte de preparar y exponer un tema, de componer y pronunciar un discurso, de prever las controversias que pueden surgir y de salir vencedor de esos encuentros a veces temibles.

LAS FUENTES DE LA ELOCUENCIA

La elocuencia surge de dos fuentes: el sentimiento y la razón. Da nacimiento el sentimiento a patéticos arrebatos, a la inspiración atrayente, al verbo inflamado, a las imágenes poéticas, a los vuelos líricos y a las llamadas apasionadas. De la razón proceden las exposiciones claras, las fórmulas precisas, las demostraciones sustanciales, los argumentos sólidos y las conclusiones rigurosas.

La elocuencia basada en el sentimiento se dirige más a la pasión que a la inteligencia; la que se apoya en la razón se dirige más la inteligencia que a la sensibilidad (3). La primera impresiona más que la razón, hace llamamiento a la inteligencia y al juicio, emociona, arrastra; la segunda ilumina, enseña, persuade y asienta la convicción.

Es raro que un orador posea en un mismo grado estos dos géneros tan distintos de la elocuencia: tal se destacará en el primero, pero será mediocre en el segundo; tal otro, será superior en éste e inferior en aquél. A decir verdad, el que posee, realmente el arte oratorio debe saber hablar alternativamente al corazón y a la razón; debe a la vez poder emocionar y convencer; pudiendo decirse que, en el dominio de la elocuencia, el gran arte consiste en realizar una especie de equilibrio y de síntesis entre el sentimiento y la razón. De todos los oradores, el que me parece ser más completo es el que—pero ¿podrá ser esto posible?—, triunfando de todas las dificultades que traban el arte de hablar en público, podría mejor convencer y transportar al auditorio, es decir, impresionar fuertemente su corazón y su razón.

EL ORADOR POPULAR

Voy a limitarme a tratar aquí del orador llamado a expresar ante asambleas representando la gran mezcla de todas las situaciones sociales, el mosaico de todas las culturas, del orador que más arriba he calificado de «popular». Este orador puede hacer caso omiso de las sutilezas, «distinguos» y finezas usadas en los pretorios, pues no habla para magistrados; no tiene por qué envolver su lenguaje con las prendas oratorias aplicadas en la elocuencia parlamentaria, pues ante él no tiene a «representantes del pueblo» y no tiene tampoco por qué preocuparse del resultado político de su discurso. El orador popular (el miltante, el propagandista, el apóstol de una idea) habla, con todas las puertas abiertas, a auditorios venidos de no importa dónde, animados por el deseo de informarse, instruirse o participar en un movimiento ideal o de acción que les interesa. Hay que hacer oir a dicho auditorio el lenguaje sencilo y límpido, claro y preciso que es capaz de comprender; es necesario, después de haber esclarecido y persuadido mediante una exposición tan exacta y luminosa como sea posible, hacer llamamiento al ser que vibra, se emociona y se apasiona. Toda persona normalmente constituída, sana de espíritu y cuerpo, es una síntesis armoniosa de la comprensión razonadora y del sentimiento que se exalta. Si no se preocupa más que de convencer, el militante, demasiado frío, se arriesga a no saber emocionar a los oyentes; si toda su potencia oratoria no sabe más que emocionar, el apóstol, demasiado ardiente, se expone solamente a suscitar una viva emoción, pero sin continuidad. El mejor propagandista es el que, a veces persuasivo y a veces atrayente, a la vez calmo y fogoso, metódico y tumultuoso, llega a tener a su auditorio bajo la influencia prestigiosa de su verbo por los medios más diversos y los procedimientos más variados. Austero, complaciente, irónico, paradójico, aliando lo prosaico de la lógica y la documentación al alado lirismo y a la pasión, no cansará nunca a sus oyentes y les dejará una impresión profunda y duradera.

El militante, el propagandista, el apóstol, el orador que tiene el culto de la Idea que ha adoptado y de la Causa que ha abrazado, no debe sucumbir a la preocupación de los efectos de tribuna que puedan causar los frenéticos aplausos de la asamblea; esos entusiastas aplausos deben ser la manifestación espontánea de la luz que súbitamente proyecta su resplandor en el pensamiento de los auditorios o de la exaltación que eleva a éstos, gracias a la nobleza y a la belleza del lenguaje puesto al servicio de una concepción generosa o de un ideal sublime. El orador «popular» de ningún modo debe desinteresarse por la forma; pero debe cuidarse más del fondo: la exactitud del pensamiento que expresa, la opinión que emite, la tesis que sostiene debe preocuparle más que el cuidado de las preciosidades literarias y de lo que se llama «las flores de la

3.—Por omisión tipográfica o linotípica probablemente falta una línea en el texto francés. Me he visto pues obligado a reemplazarla por «en la razón se dirige más a la inteligencia que a la sensibilidad».

retórica». Contrariamente al conferenciante mundano o literario que es adorno de los cenáculos, las academias, los salones y los círculos literarios, el conferenciante militante debe, ante todo, ser divulgador, un educador, limitándose exclusivamente a exponer sus ideas en términos límpidos, con una comprensión accesible a todos; su discurso debe ser una enseñanza y una demostración que deje en quienes le escuchan, una impresión estable y potente, impresión que obligará a que sus auditores reflexionen, recordando lo que han oído, recorriendo así de nuevo, por su propio esfuerzo y con la ayuda de sus solos medios personales, la ruta por la cual el conferenciante-propagandista los ha encaminado.

EL CAMINO HACIA LA ORATORIA

Con frecuencia se habla del orador nato y por ello se entiende, lo más a menudo, que se nace orador y que, si no se nace orador, nunca se podrá serlo. Grave error: pues uno se puede volver orador hablando, como uno puede volverse herrero forjando en el yunque. Es exacto, como lo expresa Boileau en su **Arte Poético** que, si no se poseen ciertos dones, si nuestra cuna no ha sido rodeada con encantadoras hadas,

«Vano es que en el Parnaso, un autor temerario
Piense del arte de los versos alcanzar la cima.» (4)

También es cierto, que para alcanzar las altas cimas de la elocuencia, como también las cúspides de la poesía, que para ser orador o poeta consumado, es necesario poseer ciertas cualidades y aptitudes natas, y que basta luego, fortificarlas y desarrollarlas por un continuo esfuerzo y un trabajo progresivo; sin embargo, estimo que estas predisposiciones naturales no son absolutamente indispensables al que o la que se forma el deseo de hablar en público, para llegar, si se da un poco de esfuerzo, a expresarse con claridad, precisión, corrección y elegancia. Lo que es verdadero, es que, con la misma suma de esfuerzos, el que está menos dotado, no alcanzará el mismo grado de elocuenca, la misma maestría en el arte de hablar, que el mejor dotado; pero estoy persuadido en que, si trabaja asiduamente y practica metódicamente el arte de la palabra, el individuo medianamente dotado, si nunca ha de llegar a ser un maestro en el arte de la palabra, alcanzará al menos, a ser un orador interesante y diserto.

Para justificar este aserto, quiero recurrir a mi precedente comparación entre el que se vuelve herrero forjando en el yunque y el que se hace orador hablando. Creo que, para ser un buen herrero, es necesario poseer ciertas cualidades físicas, entre otras: una constitución sana, músculos vigorosos y resistentes, un corazón sólido y pulmones en buen estado. Bastará a cualquier hombre en posesión de estas cualidades el hacer su aprendizaje de herrero, familiarizándose con el manejo del martillo en el yunque y adquirir conocimientos útiles con los metales que trabaje, para así volverse un herrero notable. Pero también creo que, sin estar en posesión de una constitución física semejante a ésta, todo hombre normalmente constituído y en buena salud, será capaz de cumplir de manera muy competente la tarea de un buen herrero, a condición que al aprender dicho oficio lo haga con perseverancia, buena voluntad y constante entrenamiento.

Pues bien, para volverse orador, me parece que es indispensable estar en posesión de ciertas cualidades natas, por ejemplo: una voz agradablemente timbrada, una fisonomía expresiva, un gesto acompañante y subrayando con naturaleza la palabra, una imaginación ardiente, una memoria fiel, una comprensión penetrante, una sensibilidad delicada, un razonamiento juicioso y cierta cultura. Pero estimo que para ser un **buen** orador (sin ser un orador de primer orden), basta con empezar a ponerse resueltamente al aprendizaje de la palabra, adquiriendo una buena dicción, familiarizándose con las dificultades de la tribuna, practicando el arte de discurrir.

Puedo afirmar que, por mi parte, he conocido varios militantes que, muy embarazados, al principio, cuando apenas habían dicho algunas palabras, con el ejercicio de la palabra, se perfeccionaron poco a poco, hasta el punto de poder ocupar luego honorablemente una tribuna, diciendo excelentes cosas en excelentes términos y sabiendo interesar e impresionar fuertemente a su auditorio.

No hay que imaginarse, sin embargo, que si repito que uno puede volverse orador hablando—lo mismo que herrero forjando en el yunque—, sea ello un resultado fácil y pronto a obtener.

El arte oratorio, comporta el concurso de varias ventajas que hay que adquirir, ventajas sin las cuales el individuo mejor dotado por naturaleza no podrá ni será nunca un buen orador ,ni aun mediano, y con la ayuda de las cuales el hombre dotado de predisposiciones medias, si quiere, llegará a ser un buen orador.

Hablar bien, expresar ideas, en términos exactos, felices, escogidos, en frases bien constituídas y en un estilo que no deambule por los lugares comunes de la banalidad; es entrelazar con método las ideas cuyo conjunto constituye una demostración y conduce a una conclusión lógica. El orador debe, en consecuencia: **a)** tener ideas y, como es lógico, poseer los conocimientos sobre los cuales reposan las ideas: **b)** manejar con facilidad y corrección la lengua que habla; **c)** presentar en un orden metódico, los argumentos que sirven de fundamentos a la exposición oratoria que se propone hacer y que conducen, en aplicación de una lógica rigurosa, a la conclusión que proyecta extraer. Me parece que toda persona que posea esta triple condición puede subir sin aprensión a la tribuna y, luego de un aprendizaje más o menos prolongado, ocupar esta tribuna muy honorablemente.

Empero, no es inútil que vuelva a decir algo sobre cada una de estas conclusiones. No hay que para expresar—bien o mal—, una Idea, es necesario primero, tenerla. «La chica más bella del mundo no puede dar más que lo que tiene» (5). Que se me perdone aplicar este dicho algo vulgar a la proposición que emito: «El orador no puede dar a los que le escuchan más que lo que tiene». Es necesario, pues, para expresar una idea, que, en seguida, pueda ser ya posesor de ella. Añado aún que cuanto mejor pueda poseerla, mejor podrá expresarla; que, cuanto más claro y precisa sea esta idea en su cerebro, tanto más clara y precisa se traducirá en su lenguaje:

«Lo que se concibe bien se expresa claramente» (6)

4.—He aquí el fragmento de verso en francés:
«C'est en vain qu'au Parnasse, un temeraire auteur
Pense de l'art des vers atteindre la hauteur.»

5.—En francés la frase es como sigue: «La plus belle fille du monde ne peut donner que ce qu'elle a».

6.—Veamos en lengua francesa este dicho también: «Ce que l'on conçoit bien s'énonce clairement».

Cuanto más confíe el orador en la exactitud de la idea que exponga y más afirmativos, categóricos y precisos sean los términos que emplee; más profunda será su convicción y más penetrante será su acento. Ocurre con el consentimiento como ocurre con la idea: para que el orador exprese un sentimiento, es indispensable que dicho sentimiento esté en él, pues como muy justamente dijo Horacio: «Si vis me flere, dolemdum est primum ipse tibi» (antes has de llorar tú si quieres que yo llore). No se da toda la fuerza a la expresión de un sentimiento, hasta que en uno mismo se siente toda la potencia de ese sentimiento; en estas condiciones es solamente cuando la emoción de un auditorio puede llegar a la cúspide. Por consiguiente, la condición primera y esencial es de tener ideas a presentar y estar en posesión de conocimientos en los cuales se apoyen dichas ideas.

Mas esto no basta: la Idea y la convicción que se lleva en uno, hay que exteriorizarlas mediante el verbo. Se concibe que, para expresar con elocuencia lo que se piensa y lo que se siente, es necesario conocer bien la lengua que uno habla, a fin de dar al pensamiento o al sentimiento una forma sencilla y correcta, precisa y elegante, impresionante y límpida. Este conocimiento profundo de la lengua que se habla no se limita al respeto de la sintaxis, a la estructura escrupulosamente gramatical de la frase; comporta además la posesión de un vocabulario copioso, el empleo juicioso del nombre propio, el uso racional y moderado de los incidentes gramaticales, la adaptación del estilo a la expresión más cautivante o sugestiva del pensamiento y del sentimiento.

Y no esto todo: se necesita reunir los bosquejos, las consideraciones, los comentarios, la documentación y los razonamientos que son como los materiales con que el orador—arquitecto, ingeniero o artista en su género—, debe servirse para edificar y embellecer su obra, si quiere que ésta sea sólida, imponente y estética. Estos materiales, importa el agruparlos y disponerlos con método; pues todos tienen, en el edificio, un lugar señalado; lugar que les es propio y conveniente a cada uno de ellos; lugar que está aquí o allá, pero no en otra parte: ni adelante, ni atrás, ni encima ni abajo, ni a la derecha ni a la izquierda. Infeliz será el orador que no haya tomado la elemental precaución de hacer los más minuciosos cuidados al establecimiento del orden deseado: su discurso será confuso y caótico; su construcción no gozará de la solidez deseable; las proporciones, el equilibrio y armonía, serán defectuosas.

En un discurso o en una conferencia, todo se entrelaza. Un pedazo de oratoria forma un todo en el que la potencia y la belleza están subordinadas a la calidad de los argumentos y al lugar que cada uno de ellos ocupa.

No solamente las proposiciones deben sucederse rigurosamente ligadas unas a otras, sino que es de la más alta importancia, diré «de toda necesidad» que la fuerza de la demostración y la intensidad de la emoción vayan siempre progresando y, como en música se dice: **in crescendo.** ¿Qué se pensaría del discurso de un orador parlamentario que empezaría por argumentos propios a arrastrar los sufragios de sus colegas y que continuaría y terminaría por los argumentos menos decisivos? ¿Qué apreciación se tendría de la defensa de un abogado que, debiendo defender, en el Juzgado, la cabeza de su cliente, no tendría en reserva y no guardaría para el fin, sus mejores argumentos y sus más patéticos requerimientos?

No se me hable de oradores excepcionalmente brillantes e inspirados que, sin cuidarse, como es prudente el hacerlo, de la preparación de sus discursos, se dedican a los peligrosos azares de la improvisación. Es muy posible que, llenos de confianza en sí mismos y gracias a los medios oratorios a quienes deben la experiencia adquirida, gracias al conocimiento profundo del tema que van a tratar, gracias, ya para decirlo todo, a esa rarísima conjunción de circunstancias que les favorecen, puedan decir, sin previa preparación, excelentes cosas en los mejores términos; pero está fuera de duda que si hubiesen trazado en sus principales líneas el plan de sus discursos, si hubiesen puesto a cada argumento en el exacto lugar que le corresponde, sus discursos, mejor coordinados, hubiesen ganado sensiblemente en fuerza y hermosura.

CONSEJOS A LOS JOVENES

A menudo los jóvenes anarquistas, fervientes en el deseo de dedicarse a la propaganda mediante la palabra, me demandaron informaciones y consejos. Sus preguntas eran particularmente sobre la elección del tema y sobre el trabajo de preparación que orienta una conferencia pública y contradictoria (las conferencias que hacen los anarquistas son casi siempre públicas y contradictorias: públicas, porque son de la opinión de no privar su exposición de conceptos a ninguna persona que tenga deseos o curiosidad en conocerlos, porque, practicando en materia de discusión, como en todas las cosas, la más amplia tolerancia, los anarquistas dejan a todos la facultad de razonar, criticar, discutir, combatir sus teorías, constatar la exactitud de las mismas u oponerles otras teorías). Casi siempre disuadí a nuestros jóvenes el empezar la práctica oratoria por este género de conferencia. La práctica de la palabra en público necesita un largo aprendizaje. Se peligra en empezar el arte oratorio por la conferencia; este género de discurso exige la reunión de varias cualidades que poco a poco llegan a adquirirse. A los jóvenes que me consultaban no cesé en responder como aquí ahora lo hago, con la esperanza de que estas líneas al caer bajo los ojos de muchos jóvenes nuestros, puedan éstos aprovechar las indicacones y los consejos de mi vieja experienca, doblada de una muy viva afección que me inspiran nuestros jóvenes amigos, lo que me induce a hacerles comprender todo esto. He aquí estos consejos: «Jóvenes militantes que con certeza amáis nuestras reuniones, charlas y conferencas; no las abandonéis y asistid a ellas. Antes de decidiros a hablar, ¡cuánto mejor es escuchar a los otros! Oyéndolos, apreciarés las cualidades y los defectos de los diferentes oradores, y trataréis de adquirir los primeros y evitar los segundos. Será en seguida una especie de lección muy provechosa para vuestra formación. No asistid a todas las reuniones que siempre se hable de lo mismo. Haced la elección basándoos en los temas y los oradores. Hay que saber escoger: id preferentemente a escuchar los temas que os interesan y los oradores dignos de ser escuchados con satisfacción y provecho. Para comenzar, es decir la primera vez que empezaréis a hablar en público en el curso de una de esas reuniones, no participéis en las contradicciones y no os sumerjáis en una amplia controversia que tenga por fin arruinar completamente la tesis que emite el orador. Insuficientemente preparados para dcho género de oratoria, os expondríais a salir de ella disminuídos y, posiblemente, descorazonados. Limitáos a una intervención de algunos instantes reduciéndoos, sea a una cuestión planteada o sea aún, a una

EL PROBLEMA DE LA ENSEÑANZA

I

Por oposición a la enseñanza religiosa, a la que cada vez muéstranse más refractarias gentes de muy diversas ideas políticas y sociales, se preconizan y actúan las enseñanzas laica, neutral y racionalista.

Al principio, el laicismo satisfacía suficientemente las aspiraciones populares. Pero cuando se fué comprendiendo que en las escuelas laicas no se hacía más que poner el civismo en lugar de la religión, el Estado en vez de Dios, surgió la idea de la enseñanza ajena a las doctrinas así religiosas como políticas. Entonces se proclamó por unos la escuela neutral, por otros la racionalista.

Las objeciones a estos nuevos métodos no faltan, y a no tardar harán también crisis las denominaciones correspondientes.

Porque, en rigor, mientras no se disciernan perfectamente enseñanza y educación, cualquier método será defectuoso. Si redujéramos la cuestión a la enseñanza, propiamente dicha, no habría problema. Lo hay porque lo que se quiere en todo caso es **educar**, inculcar en los niños un modo especial de conducirse, de ser y de pensar. Y contra esta tendencia, todo imposición, se levantarán siempre cuantos pongan por encima de cualquier finalidad, la independencia intelectual y corporal de la juventud.

La cuestión no consiste, pues, en que la escuela se llame laica, neutral o racionalista; o, según nuevas y posibles denominaciones, naturalista, realista, etc. Esto sería un simple juego de palabras trasladado de nuestras preocupaciones políticas a nuestras opiniones pedagógicas.

El racionalismo variará y varía al presente según las ideas de los que propagan o practican. El neutralismo, por otra parte, aun en el sentido relativo que debe dársele, queda a merced del preceptor según el grado en que sea capaz de permanecer libre y por encima de sus propias ideas y sentimientos. Mientras enseñanza y educación vayan confundidas, la tendencia, ya que no el propósito, será modelar la juventud conforme a fines particulares y determinados.

Pero en el fondo la cuestión es más sencilla si se atiende al propósito real más que a las formas externas. Alienta en cuantos se pronuncian contra la enseñanza religosa, el deseo de emancipar a la infancia y a la juventud de toda imposición y de todo dogma. Vienen luego los prejuicios políticos y sociales a confundir y mezclar con la función instructiva, la misión educativa. Mas todo el mundo reconocerá llanamente que tan sólo donde no se haga o pretenda hacer política, sociología o moral y filosofía tendenciosas, se dará verdadera instrucción, cualquiera que sea el nombre en que se ampare.

Y precisamente porque cada método se proclama capacitado no sólo para enseñar sino también para educar según principios preestablecidos y tremola en consecuencia una bandera doctrinaria, es necesario que hagamos ver claramente que si nos limitáramos a instruir a la juventud en las verdades adquiridas, haciéndoselas asequibles por la experiencia y por entendimiento, el problema quedaría de plano resuelto.

Por buenos que nos reconozcamos, por mucho que estimemos nuestra propia bondad y nuestra propia justicia, no tenemos ni peor ni mejor derecho que los de la acera de enfrente para hacer a los jóvenes a nuestra imagen y semejanza. Si no hay el derecho de sugerir, de imponer a los niños un dogma religioso cualquiera, tampoco lo hay para aleccionarlos en una opinión política, en un ideal social. económico o filosófico.

Por otra parte, es evidente que para enseñar primeras letras, Geografía, Gramática, Matemáticas, etc., tanto en su aspecto útil como en el puramente artístico o científico, niguna falta hace ampararse en doctrinas laicistas o racionalistas que suponen determinadas tendencias y, por serlo, son contrarias a la función instructiva en sí misma. En términos claros y precisos: la escuela no debe, no puede ser ni republicana, ni masónica, ni socialista, ni anarquista, del mismo modo que no debe ni puede ser religiosa.

La no puede ni debe ser más que el gimnasio adecuado al total desarrollo, al completo desenvolvimiento de los individuos. No hay, pues, que dar a la juventud ideas hechas, cualesquiera que sean, porque ello implica castración y atrofia de aquellas facultades que se pretende excitar.

Fuera de toda bandería hay que instituir la enseñanza, arrancando a la juventud del poder de los doctrinarios aunque se digan revolucionarios. Verdades conquistadas, universalmente reconocidas, bastarán a formar individuos libres intelectualmente.

Se nos dirá que la juventud necesita más amplias enseñanzas, que es preciso que conozca todo el desenvolvimiento mental é histórico, que entre en posesión de sucesos e ideales sin cuyo aprendizaje el conocimiento sería incompleto.

Sin duda ninguna. Pero estos conocimientos no corresponden ya a la escuela y es aquí cuando la neutralidad reclama sus fueros. Poner a la vista de los jóvenes, previamente instruídos en las verdades

comprobadas, el desenvolvimiento de todas las metafísicas, de todas las teologías, de todos los sistemas filosóficos, de todas las formas de organización pasadas, presentes y futuras, de todos los hechos cumplidos y de todas las idealidades, será precisamente el complemento obligado de la escuela, el medio indispensable para suscitar en los entendimientos, no para imponer, una concepción real de la vida. Que cada uno, ante este inmenso arsenal de hechos e ideas, se forme a sí mismo. El preceptor será fácilmente neutral, si está obligado a enseñar, no a dogmatizar.

Es cosa muy distinta explicar ideas religiosas o enseñar un dogma religioso; exponer ideas políticas a enseñar democracia, socialismo o anarquía. Es necesario explicarlo todo, pero no imponer cosa alguna por cierta y justa que se crea. Sólo a este precio la independencia intelectual será efectiva.

Y nosotros, que colocamos por encima de todo la libertad, toda la libertad de pensamiento y de acción; que proclamamos la real independencia del individuo, no podemos preconizar, para los jóvenes, métodos de imposición, ni aun métodos de enseñanza doctrinaria.

La escuela que queremos, sin denominación previa, es aquella en que mejor y más se suscite en los jóvenes el deseo de saber por sí mismos, de formarse sus propias ideas. Dondequiera que esto se haga, allí estaremos con nuestro modesto concurso.

Todo lo demás, en mayor o menor grado, es repasar los caminos trillados, encarrilarse voluntariamente, cambiar de andadores, pero no arrojarlos.

Y lo que importa precisamente es arrojarlos de una vez.

II

Sabíamos que no faltan librepensadores, radicales y anarquistas que entienden la libertad al modo que la entienden los sectarios religiosos. Sabíamos que los tales actúan en la enseñanza, como en todas las manifestaciones de la vida, a la manera que los inquisidores actuaban y al modo que actúan hoy sus dignos herederos, los jesuítas laicos o religiosos. Y porque lo sabíamos, abordamos el problema de la enseñanza en nuestro artículo anterior.

Como no queremos ningún fanatismo, ni aun el fanatismo anarquista; como no queremos ningún dogma, así se titule libertario; como no transigimos con ninguna imposición, aun cuando se ampare en la ciencia, insistiremos en nuestros puntos de vista.

Se lleva tan lejos el sectarismo que se presenta en forma de dilema: o conmigo o contra mí. Les perturba la eufonía de una palabra: racionalismo. Y nosotros preguntamos: ¿qué es el racionalismo? ¿Es la filosofía de Kant, es la ciencia pura y simple, es el ateísmo y es el

el anarquismo? ¡Cuántas y cuántas voces clamarían en contra de tales asertos!

Sea lo que quiera el racionalismo, es para algunos de los nuestros la imposición de una doctrina a la juventud. Su propio lenguaje lo denuncia. Se dice y se repite que la enseñanza racionalista será anarquista o no será racionalista. Se afirma enfáticamente que la misión del profesor racionalista **es hacer seres para vivir una sociedad de dicha y de libertad.** Se identifica ciencia, racionalismo y anarquismo, y se sale del paso convirtiendo la enseñanza en una propaganda, en un proselitismo. Son más lógicos los que más lejos van y sostienen que se debe decir resueltamente enseñanza anarquista y dar de lado al resto de adjetivos sonoros que hacen la felicidad de los papamoscas que no llevan en el cerebro un adarme de fósforo.

No reparan estos libertarios que nadie tiene la misión de **hacer** a los demás de este o del otro modo, sino el deber de no estorbar que cada uno se haga a sí mismo como quiera. No observan que una cosa es instruir en las ciencias y otra enseñar una doctrina. No se detienen a considerar que lo que para los adultos es simplemente propaganda, para los niños resulta imposición. Y en último extremo, que aunque el racionalismo y el anarquismo sean todo lo idéntico que se quiera, nosotros, anarquistas, debemos guardarnos bien de grabar deliberadamente en los tiernos cerebros infantiles una creencia cualquiera, impidiéndoles así o tratando de impedirles futuros desarrollos.

«Para mucha gente—decía Clementina Jacquinet, en una conferencia dada en Barcelona acerca de la sociología en la escuela—, y desgraciadamente para muchos maestros, la ciencia social está contenida por entero en sus periódicos, en los problemas de emancipación que tan vivamente agitan nuestra época.

»Todo su saber consiste en inculcar a sus discípulos sus opiniones preferidas, a fin de que causen en los cerebros una impresión imborrable, que se implanten en ellos y se extiendan ni más ni menos que a semejanza de una hierba parásita. Todo lo que han podido encontrar mejor para formar libertarios, es obrar al modo de los curas de todas las religiones.

»No se dan cuenta de que forjando las inteligencias según su modelo predilecto, **hacen obra anti-libertaria,** puesto que arrebatan al niño desde su más tierna infancia la facultad de pensar según su propia iniciativa.»

Se insistirá, no obstante lo dicho y transcrito, en que la anarquía y el racionalismo son una misma cosa, y hasta se dirá que son la verdad indiscutible, la ciencia toda, la evidencia absoluta. Puestos en el carril de la dogmática, decretarán la infalibilidad de sus creencias.

Mas aunque así fuera, ¿qué se haría de la libre elección, de la independencia intelectual del niño? Ni aun la verdad absoluta debería ser impuesta, sino libremente buscada y aceptada, si la verdad

absoluta no fuera un absurdo y un imposible en los términos fatalmente limitados de nuestro entendimiento.

No; no tenemos el derecho de imprimir en los vírgenes cerebros infantiles nuestras particulares ideas. Si ellas son verdaderas, es el niño quien debe deducirlas de los conocimientos generales que hayamos puesto a su alcance. No opiniones, sino principios bien probados para todo el mundo, lo que propiamente se llama ciencia, debe constituir el programa de la verdadera enseñanza, llamada ayer integral, hoy laica, neutra o racionalista, que el nombre importa poco. La sustancia de las cosas: he ahí lo que interesa. Y si en esa sustancia está, como creemos, la verdad fundamental del anarquismo, anarquistas serán, cuando hombres, los jóvenes instruídos en las verdades científicas; pero lo serán por libre elección, por propio convencimiento, no porque los hayamos modelado, siguiendo la rutina de todos los creyentes, según nuestro leal saber y entender.

La evidencia puede hacerse inmediata. ¿Qué clase de anarquismo enseñaríamos en las escuelas en el supuesto de que ciencia y anarquismo fueran una misma cosa? Un profesor comunista enseñaría a los niños el simplísimo e idílico anarquismo de Kropothine. Otro profesor individualista enseñaría el feroz egolatrismo de los Nietzsche y Stirner, o el complicado mutualismo proudhoniano. Un tercer profesor enseñaría el anarquismo a base sindicalista influído por las ideas de Malatesta y otros. ¿Cuál es aquí la verdad, la ciencia, para que quede establecido en firme ese desapoderado absurdo de lo absoluto racionalista?

Se olvida sencillamente que el anarquismo no es más que un cuerpo de doctrina y que por firme y razonable y científica que sea su base, no se sale del terreno de lo especulativo, de lo opinable y, como tal, puede y debe explicarse, como todas las demás doctrinas, pero no enseñarse, que no es igual. Se olvida asimismo que la verdad de un día es el error del día siguiente y que nada hay capaz de establecer sólidamente que el porvenir no se reserva otras aspiraciones y otras verdades. Y se olvida, en fin, que estamos nosotros prisioneros de mil prejuicios, de mil anacronismos, de mil sofismas que habríamos de transmitir necesariamente a las siguientes generaciones si hubiera de prevalecer el criterio sectario y estrecho de los doctrinarios del anarquismo.

Como nosotros hay miles de hombres que se creen en posesión de la verdad. Son probablemente, seguramente honrados, y honradamentel piensan y sienten. Tienen el derecho a la neutralidad. Ni ellos han de imponer a la infancia sus ideas ni hemos de imponerle nosotros las nuestras. Enseñemos las verdades adquiridas y que **cada uno se haga a sí mismo como pueda y quiera.** Esto será más libertario que la funesta labor de dar a los niños ideas hechas que pueden ser, que serán muchas veces enormes errores.

Y guárdense los dómines del anarquismo que se consideran únicos poseedores de la verdad, la palmeta para mejor ocasión, que es ya tarde

para resucitar risibles dictaduras y para expedir o denegar patentes que nadie solicita ni nadie admite.

Como anarquistas, precisamente como anarquistas, queremos la enseñanza libre de toda clase de **ismos**, para que los hombres del porvenir puedan hacerse libres y dichosos por sí y no a medio de pretendidos modeladores, que es como quien dice redentores.

¿Qué se entiende por racionalismo?

No vamos a examinar lo que significa el racionalismo para Juan o para Pedro, sino lo que significa en general, lo que por tal entiende el común de las gentes. Perderíamos el tiempo lastimosamente si nos detuviéramos a considerar las mil opiniones particulares que no tienen más base que los fáciles decretos de la pereza intelectual.

Racionalismo (primera definición): Doctrina filosófica cuya base es la omnipotencia e independencia de la razón humana.

Racionalismo (segunda definición): Sistema filosófico que funda sobre la razón las creencias religiosas.

Racionalismo (tercera definición): Más que un sistema filosófico o un método, es el carácter general de todo pensamiento **especulativo** que únicamente admite la razón como criterio de verdad.

Y basta. Como se ve, en las tres definiciones se proclama la soberanía de la razón. Frente a toda fe y a toda autoridad, la razón recaba sus fueros. Y al recabarlos, crea sistemas nuevos de filosofía, religiones nuevas también. Todo el gran movimiento filosófico cumplido por los filósofos alemanes, ha sido esencialmente racionalista.

Racionalista y librepensador es todo uno, puesto que ambos «sólo admiten para garantir la verdad de su pensamiento el pensamiento mismo y sus leyes, refutando toda otra clase de argumentos, incluso el histórico, ínterin la razón no discierne por sí misma el tanto o cuanto de verdad que encierra».

Y no hay más ni menos. Frente a la fe y a autoridad, la razón. Pero, ¿qué razón? ¿La de Juan o la de Pedro? La razón es meramente individual, y al proclamarse soberana ha engendrado errores y absurdos que la experiencia se ha encargado de desbaratar. El racionalismo ha llenado el mundo con las mil geniales divagaciones, pero divagaciones al fin, de la metafísica y de la filosofía. Como añadidura al error religioso, tuvimos el error filosófico, y el político, y el error económico. La razón ha creado tales sistemas, tales dogmas, que contra sí misma tiene que rebelarse. ¿Y cómo no, si no hay regla o

ley alguna que determine en todas las razones individuales las mismas conclusiones, aun en el supuesto de que las premisas sean idénticas?

Enhorabuena que el individuo recabe el derecho de guiarse por los dictados de su razón; pero erigirla en soberana, suponerla capaz de dar a todo el mundo el criterio exacto y la certidumbre de la verdad, es tan gran desvarío, que sólo así se comprende que los cien genios del filosofismo racionalista no hayan logrado estar de acuerdo ni una sola vez. Al gran Leibnitz se le ocurrió idear una razón impersonal **(perennis philosophia)** como base de la verdad, penetrado, sin duda, de que, para la razón individual, todo es según el color del cristal con que se mira. Pero semejante razón impersonal es pura absetracción, puro expediente filosófico para resolver de la mejor manera posible una dificultad insuperable. Así, el racionalismo como sistema, método o lo que sea de indagación de la verdad ha fracasado, aunque permanezca firme como lucha contra la revelación, contra la fe, contra la autoridad del dogma.

Por esto es cosa pasada el filosofismo y anacrónica la pretendida soberanía de la razón. La verdadera ciencia, que no se paga de soberanías, ha tomado resueltamente el camino de la experiencia, y funda sus construcciones sobre hechos y leyes comprobadas y no sobre frágiles creaciones del pensamiento, tan dado a lo extraordinario y a lo maravilloso. Naturalmente que la razón es el instrumento necesario para traducir, ordenar y metodizar los datos de la experiencia, pero no va más allá, y cuando lo pretende, por una vez que da en la verdad, cien da en el error.

Y no se nos arguya que así como hay la razón de Pedro y la razón de Juan, hay también la ciencia de Juan y la ciencia de Pedro. Cuando se habla de ciencia, se traspasa sus propios límites si en ella se quiere incluir algo que no esté comprobado y verificado de tal modo que no pueda suministrar materia de discusión. Si la suministra, podrá el asunto estar en los dominios de la investigación científica, pero no estará en la ciencia constituída; por cuyo motivo, la ciencia, propiamente dicha, es una y solamente una.

Dadas estas premisas, ¿cómo admitir el adoctrinamiento de las gentes por medio del racionalismo que para cada individuo puede significar tal o cual otro método, sistema o doctrina filosófica y hasta religiosa? ¿Cómo admitirlo, sobre todo, cuando se trata de los niños que aún no están en el pleno uso de sus facultades y pueden, por ello, se rinducidos a error?

Perfectamente que cada uno opine como quiera, que cada uno, como es natural, no admita autoridad alguna sobre su razón; pero esta misma razón, si no está cegada por las enseñanzas dogmáticas o por sus reminiscencias, habrá de decirle que ella no basta para determinar la verdad, que se halla toda entera en las cosas universales y en sus leyes, en los hechos de experiencia y en las realidades de la vida toda, no en las imaginaciones de cualquier buen ciudadano

cada bella mañana. Y esa misma razón que se proclama soberana, habrá de dictarle imperativamente el respeto a las otras razones, tan soberanas como la propia. Y dictándoselo, la enseñanza habrá de reducirse necesariamente a las cosas comprobadas y verificadas, que es lo que constituye la ciencia. Ni aun las ideas que más verdaderas parezcan por militar a su favor el universal consentimiento, habrán de ser enseñadas, al menos como verdades comprobadas, puesto que los más grandes absurdos han contado o cuentan todavía con ese universal consentimiento.

Parécenos lo dicho claro y sencillo, fuera de toda parcialidad de doctrina o de opinión, y porque nos lo parece, procuramos llevar estas ideas al sentimiento de nuestros lectores. Si hay quien por ello se disguste o se moleste, será sensibled, pero no suficiente para que renunciemos a la afirmación constante de lo que creemos puesto en razón.

Y si aún se dijere que no es eso el racionalismo, replicamos por anticipado que ni antes ni ahora nos preocupamos de lo que las cosas puedan ser para fulanito o para menganito, muy señores nuestros, sino de lo que en sí mismo significan o nos parece que significan.

Por todo lo cual habremos de continuar, mientras podamos, multiplicando los golpes de martillo sin temor a que se rompe el yunque.

CUESTIONES DE ENSEÑANZA

I

Explicar y enseñar no son sinónimos, aun cuando toda enseñanza suponga previa explicación. Se explican muchas cosas sin que haya propósito de enseñarlas.

Cuando se declara o da a conocer lo que uno opina, cupando se dan detalles o noticia de una doctrina, de un suceso, etc., se explica al oyente la opinión, la doctrina y el suceso para enseñarlas o para repudiarlas, según los casos.

Enseñar es algo más que explicar, puesto que es instruir o adoctrinar. El que explica una doctrina errónea a fin de hacer patente su falsedad, claro que enseña, pero no enseña la doctrina que explica sino que la repudia.

Un ejemplo, entre mil, aclarará la diferencia. Se abre un libro cualquiera de Geografía elemental, y en la parte que trata de la astronomía se halla en primer término la explicación del sistema de Tolomeo, que supone la tierra en el centro del universo y a todos los demás cuerpos girando alrededor de ella. Viene en seguda el sistema de Copérnico, que considera al Sol fijo y los planetas girando a su alrededor. Y se agrega: **este último sistema es el admitido en el día.**

La cosa es clara: se explica o da a conocer el primero; se explica y se enseña el segundo. No se enseña aquél porque se le tiene por erróneo. Adviértase que si el profesor es concienzudo, ni aun el sistema de Copérnico enseñará sin reservas, porque nada nos permite asegurar que en el sistema del universo no hay algo más que la teoría heliocéntrica. Por eso se dice solamente que es el admitido en el día, en lugar de darlo dogmáticamente como verdadero.

La diferencia entre explicar y enseñar es todavía mayor cuando no hay más que hipótesis para contestar las interrogaciones del entendimiento Tal ocurre con la constitución interna de nuestro pla-

neta. El profesor podrá y deberá explicar las diferentes teorías que tratan de descifrar el enigma, pero no deberá enseñar ninguna como verdadera y comprobada puesto que no sabemos que lo sean.

En cambio podrá enseñar con ejemplos y razones, empírica y racionalmente, entre cien cosas más, el llamado teorema de Pitágoras, a saber: en todo triángulo rectángulo se verifica que el cuadrado construído sobre la hipotenusa es equivalente a la suma de los cuadros construídos sobre los catetos.

Y como es muy extenso el campo de los conocimientos positivos, verificados y comprobados por todo el mundo, metodizados por la ciencia; y es más extenso aún el campo de las probabilidades de conocimiento pleno de hipótesis, de opiniones, de teorías, pero falto de prueba y de certidumbre, es claro que para todo hombre de libre entendimiento la enseñanza, propiamente dicha, no deberá salirse de las verdades conquistadas indiscutibles, y, por tanto, habrá de reducirse al círculo de las explicaciones o exposiciones necesarias, de todo lo que es, en el momento, materia opinable.

Cualquiera, pues, que sea la base de una doctrina política, económica o social, y por grande que sea el amor que por ella sintamos, nuestro debido respeto a la libertad mental del niño, al derecho que le asiste de formarse a sí mismo, ha de impedirnos atiborrar su cerebro de todas aquellas ideas particulares nuestras que no son verdades indiscutibles y comprobadas universalmente, aunque sí lo sean para nosotros.

Porque, en último término, de proceder en la forma opuesta vendríamos a reconocer en todo el mundo que cree estar en posesión de la verdad y no piensa como nosotros, el derecho a continuar modelando criaturas a medida de sus errores y prejuicios. Y con esto es precisamente con lo que hay que acabar, empezando por dar el ejemplo los que tal queremos.

Así es como entendemos la enseñanza, ateniéndonos a su sustancia de las cosas y no a las palabras que pretenden representarla.

Si hay quien lo entienda de otro modo, siendo hombre de ideas radicales, buena pro le haga.

II

No nos entusiasma una criatura de doce o trece años que se pone a perorar sobre materias sociales y afirma muy seria la no necesidad del dinero o cosa análoga. Nos sabe eso a recitado de catecismo, a lección metida en el cerebro a fuerza de sugestiones. Otro profesor y otro planteamiento del problemas, y la criatura afirmará muy seria todo lo contrario. Recitará otro catecismo, repetirá otra lección. Hay cosas prematuras como hay cosas tardías.

Una opinión personal no es necesariamente una ciencia y sólo

a este título puede ser enseñada, Lo contrario equivale a secuestrar las tiernas inteligencias infantiles. Estamos por la enseñanza absolutamente libre de materia opinable.

Un ejemplo ilustrará la cuestión. Supongamos el caso de un pedagogo, resuelto adversario del dinero y de la renta. Este pedagogo proscribirá de la enseñanza de la aritmética la infame, la corruptora regla de interés. Si no recordamos mal, el caso ya se ha dado. Pues ese pedagogo hará una grandísima majadería por no saber discernir entre el interés del dinero, con el que nada tiene que ver la aritmética en sí misma, y una regla de cálculo que, sea cual fuese su nombre, sirve para deducr, ponemos por caso, las proporciones en que una materia dada ha de entrar en una mezcla, el tanto por ciento que resulta de una estadística de vitalidad o de población, el rendimiento de un producto en condiciones dadas, o bien la proporción de fertilidad creciente de una tierra determinada, etc., etc.

Se nos dirá que todo esto se puede explicar y enseñar sin dar al mismo tiempo la noción de la renta o rendimiento del capital; no lo negamos. Pero es que aquí está lo grave de la cuestión. Si se explica la materia dejando en libertad al alumno para que medite y decida—y para decidir necesita el conocimiesnto de todas esas cosas, las verdaderas y las falsas—, nada habrá que objetar. Pero si, por el contrario, interviene el profesor con sus ideas particulares e inclina la balanza del lado de su opinión, por muy hombre libre que sea, por muy anarquista que se proclame, cometerá un atentado contra la libertad intelectual del niño, que, en la indefección de su falta de desarrollo intelectual, tomará como verdades inconcusas así lo cierto como lo falso. Criaturas de tal modo instruídas, recitarán sabias lecciones... por cuenta ajena. Y a nosotros nos parece preferible que las reciten por cuenta propia aunque sean algo menos sabias.

Tratárase de hombres y la cuestión sería muy diferente.

El libre examen no ha de aplicarse sólo por oposición a las cosas teológicas, sino también como limitación necesaria a imposiciones posibles de partido, de escuela o de doctrina.

La enseñanza no puede ni debe ser una propaganda. El espíritu de proselitismo se extralimita cuando va más allá del hombre en el pleno uso de sus facultades mentales Si hay alguna cosa en que la abstención, la neutralidad sea absolutamente exigible, esa es en la instrucción de la infancia

En este terreno podemos encontrarnos todos los hombres de ideas progresivas. Y deberemos encontrarnos para sustraer a la infancia del poder de los modeladores de momias humanas, de los hacedores de rebaños. Grande y fructífera sería esta obra si a ella arrimáramos todos decididamente el hombro. Que es precisamente lo que no hacemos.

III

Un niño cualquiera instruído conforme a los conocimientos verdaderamente científicos, no preguntará probablemente por la existen-

cia de Dios puesto que ni siquiera tendrá noticia de tal idea. Pero si preguntara, el profesor haría bien en demostrarle que en toda la serie de los conocimientos humanos nada hay que abone semejante afirmación. Dios es materia de fe o de opinión, todo menos algo probado y que tal deba enseñarse.

El que escribe estas líneas puede ofrecer la experiencia de once hijos, que aun no habiendo sido instruídos con el rigor científico necesario, jamás tuvieron la ocurrencia de formular la pregunta antes dicha. De pequeños, porque no tenían idea alguna de ello; y de mayores, porque sin duda en el ambiente del hogar, en el ejemplo de cuanto les rodeaba y en los libros de que disponían—y los había de dstintas tendencias—hallaban satisfactoria respuesta a las interrogaciones de su entendimiento. Su ateísmo será, pues, el fruto de su trabajo cerebral propio, no la lección aprendida del preceptor. Sus ideas todas serán su labor propia y peculiar, no la resultante de una acción ajena ejercida deliberadamente. La diferencia es esencial y nos parece de una claridad meridiana.

Pero hay cuestiones más inmediatamente relacionadas con el problema de la enseñanza y que constituyen el verdadero nudo de la cuestión.

Como hasta el día y tal vez por bastante tiempo perdurará el antagonismo entre la enseñanza de la escuela y la enseñanza de la calle y de la casa, lo natural será que las criaturas pregunten por muchas cosas que no tienen ni fundamento lógico ni fundamento científico, y en todo caso, el profesor deberá desvanecer las dudas de sus discípulos, cuidando, no obstante, de no operar un simple cambio de opiniones. La escuela no puede ni debe ser un **club.**

Por algo sostenemos que, en tiempo y sazón, todo ha de ser explicado, pero solamente enseñado aquello que tenga sanción científica, prueba universal. Una buena parte de los problemas planteados por el entendimiento humano, no tienen por solución más que hipótesis mejor o peor fundadas, y es evidente que en su exposición ha de procurarse una neutralidad absoluta, porque la solución que a uno le parece indudable y racional, a otro le parece absurda, y de aquí que el racionalismo sea insuficiente para dirigir la enseñanza. Descartada toda materia de fe, la instrucción de la juventud quedaría reducida a la enseñanza de las cosas probadas y a la explicación de los problemas cuya solución no tiene más que probabilidades de certidumbre.

Pongamos algunos ejemplos. Ante la experiencia diaria que les hace ver que cuando llueve todos nos mojamos, que nada hay que no provenga de algo o de alguien, que no hay, en fin, efecto sin causa, los pequeños hombres, si no preguntan por la existencia de Dios, seguramente preguntarán por el origen del universo. Llegada cierta edad no hay quien no se pregunte por el principio y la causa y por la finalidad y el acabamiento de todas las cosas. Y todo esto es de una dificultad innegable. ¿Qué hará el maestro? Para unos, puesto que no hay efecto sin causa, el mundo habrá tenido un origen y un

principio, tendrá una finalidad y un acabamiento. Para otros, la serie de las causas y efectos no tendrá límite anterior ni posterior y el mundo existirá de toda eternidad en el espacio infinito. Como todo cuanto nos rodea empieza y acaba, sucede por algo y para algo, los espíritus realistas optarán por la primera hipótesis. Los capaces de abstracción, se decidirán por la segunda. No valdrá invocar la ciencia porque ella no puede actualmente, acaso no pueda nunca darnos respuestas enteramente probatorias. Los que crean que la solución categórica está en el materialismo o el evolucionismo, hablarán en nombre de una opinión o creencia (racionalismo), pero no harán sino esquivar, diferir el problema, figurándose haberlo resuelto mediante la sustitución de palabras. Lo intelectualmente honrado será, pues, que el maestro exponga con toda claridad los datos del problema y las hipótesis diferentes que tratan de aclararlo. Hacer otra cosa será siempre una imposición de doctrina.

Tyndall, cuya ciencia nadie pondrá en duda, terminaba la explicación de la teoría del calor como modo de movimiento, preguntándose de qué manera podría concebirse un movimiento sin algo que se mueve, y contestaba, con una sencillez verdaderamente sabia, que la ciencia contemporánea no podía responder a tal pregunta. ¿Y se querrá por nuestro bonísimo, pero inútil deseo, resolver de plano ésta y otras cien cuestiones ofreciendo a los niños toda una ciencia acabada, fruto de la pretendida infalibilidad del racionalismo?

Poco importa que creamos que siempre ha habido una causa anterior y que la serie de las causas y efectos no tendrá término. La palabra infinito será un subterfugio de nuestro pensamiento, pero no una respuesta concluyente, y así no podremos ofrecer más que una opinión, no una certidumbre; una probabilidad, no una prueba. ¿Qué responderemos si el pequeño hombre se obstina en hallar un principio y determinar un final? Aquí del método de la libertad o si se quiere neutralidad, no del racionalismo precisamente dejar que el pequeño hombre forme su juicio por sí mismo poniendo a su alcance cuantos conocimientos puedan ilustrar la cuestión.

Y este método de libertad, que nosotros proclamamos, es el exigible a cuantos se digan, piensen como piensen, respetuosos de la independencia intelectual del niño. Lo proclamamos, no a título de anarquistas, mucho menos de equidad y de recíproco respeto, en cuyo punto creemos que pueden coincidir gentes de todos los extremos de las ideas progresivas, si no entienden por enseñanza el adoctrinamiento en una opinión determinada.

Por eso creemos que los que se empeñan en establecer perfecta sinonimil entre el racionalismo y el anarquismo—que de ningún modo son equivalentes—harían bien en dejarse de rodeos y proclamarse abiertamente partidarios de la enseñanza anarquista porque esto simplificaría los términos de la cuestión, y si no a un acuerdo, podría, sin duda, llegarse a una delimitación completa de tendencias.

Aun a estos buenos amigos que en su entusiasmo por el ideal quisieran inculcarlo, tendríamos que objetarles que en todos los te-

demanda de precisiones o de explicaciones complementarias. Habréis así ocupado la tribuna por algunos instantes, enunciando una sola idea. Pero dichos instantes habrán bastado para que hayáis tomado contacto con el público, teniendo así la ocasión de saber lo que se llama el «trac» (7), esa especie de malestar que llena más o menos la cabeza de zumbidos, hace afluir la sangre a la garganta, vacía el cerebro y paraliza la memoria. Este primer encuentro con el «trac» puede seros mortal, si cometéis la imprudencia de ocupar la tribuna por mucho tiempo; mas si solamente hacéis en ella una corta aparición, será tan sólo un pequeño accidente y, posiblemente, hasta no lo tengáis. Por consiguiente, para comenzar a hablar en público, no vayáis nunca más lejos de expresar una sola idea; hablad pocos minutos y, sabiendo bien lo que queréis decir, saldréis muy honorablemente de esta primera tentativa.

«Cuando hayáis renovado este ensayo por varias veces y adquirido así un poco de aplomo y confianza en vosotros, no estaréis aún preparados para dar una charla, una conferencia, un discurso en varios puntos. Pero estaréis en la ruta verdadera, habiendo logrado un primer e importante resultado. Podréis entonces siempre, en el curso de un debate abierto al público, terciar con vuestra intervención, dándole más amplitud y otro carácter. En vez de una pregunta hecha, de una objección surgida, de una demanda de precisión, escogeréis una o dos de las ideas expuestas por el orador, de las que, por supuesto, habrán más brutalmente chocado con vuestro propio sentimientos; os detendréis en esta idea o en estas ideas; no pasaréis el marco de ellas; os encerraréis en ellas deliberadamente y opondréis cortesmente vuestro punto de vista al del orador. Habiendo así ocupado esta vez la tribuna varios minutos, tal vez quince o diez; habréis tenido el tiempo de medir vuestras fuerzas y de familiarizaros un poco con la atmósfera de una reunión pública. Habréis cosido y ajustado dos o varias ideas; habréis argumentado; estaréis en los primeros pasos; pues siempre se está incierto y vacilante cuando se debuta. Vuestra iniciación se habrá afirmado, tendréis más confianza en vosotros; la idea de hablar en público os causará menos aprehensión. Y ya os podréis preparar a tratar un tema determinado.

»Comenzad por la **charla** y luego que hayáis dado, ante un auditorio restringido, un cierto número de charlas sobre los temas que más seriamente hayáis estudiado, entonces y sólo entonces, podréis iniciaros en las «Conferencias».

»Sin embargo, cuando tengáis que dar una charla o una conferencia, jóvenes amigos, tomad todo el tiempo necesario, reflexionando cuál será vuestro tema. Haced sobre ese tema todo el esfuerzo de meditación y de búsqueda que seáis capaces; estudiad una abundante documentación al respecto extraída de las mejores fuentes; pensad y repensad vuestro tema atentivamente; examinadlo en todas las fases y en todos los aspectos; escrutadlo, hasta que lleguéis a poseerlo a fondo. Cuando hayáis efectuado este trabajo preparatorio, y no antes, ocupáos en el plan trazado: primero las grandes, los puntos esenciales, las consideraciones fundamentales; dividid y subdividad; añadid y simplificad, eliminad todo cuanto sería mero adorno superfluo o vano desarrollo, a fin de acordar más lugar y más importancia a lo que es repleto argumento y bosquejo fundamental.

»Sea vuestro plan neto y bien ordenado; que, por su arreglo y claridad, pueda el auditorio seguirlo metódicamente. Vigilad que vuestra argumentación extraiga su fuerza del encadenamiento riguroso de las diversas partes que la componen; y sobre todo vigilad, que en esta cadena que forma vuestra demostración, cada eslabón esté exactamente en su lugar; no olvidéis que cada argumento debe extraer una parte de su valor al que le precede y, llegando, por una especie de pendiente natural, al argumento que sigue, transmitir a éste una parte de su propio valor.

»Sobre todo, jóvenes amigos, no aprendáis los temas de memoria y, para no exponeros a la tentación de hacerlo, no escribáis (8); no fijéis la forma que daréis a la expresión de vuestro pensamiento. Tomad notas; por una palabra, por una frase corta, en estilo telegráfico, fijad en el papel el orden que deseáis emplear. Y fiáos al plan que os habréis trazado; este plan debe ser únicamente vuestro memorandum; si lo habéis construído bien y lo lleváis conscientemente, podréis decir lo que queréis decir, todo lo que tendréis que decir y nada más que lo que tendréis que decir. Tal es el fin que os debéis proponer.

»No perdáis nunca la noción de que, militantes y propagandistas de una idea poco conocida y, lo que es más grave, mal comprendida, vuestra misión es enseñarla y divulgarla: sois y debéis ser educadores, profesores; vuestra conferencia debe ser un curso. A este título, esforzáos en ser claros y precisos. Ante todo, sed sencillos, con la sencillez que fácilmente se alía a la elegancia sin afectación, a la belleza sin aparato, al arte sin vanidad. La adquisición de esta indispensable sencillez os será más difícil y más lenta que a los militantes de otras doctrinas, porque las concepciones filofóficas y sociales que tenemos la misión de propagar están en oposición irreductible con las concepciones oficiales y corrientes, porque, entre estas últimas y las nuestras, no existe ningún terreno de acuerdo, ninguna conciliación posible o deseable; ya que no se trata solamente de una zanja, sino de un abismo, separando a las tesis anarquistas de los dogmas autoritarios; porque al atacar de frente a todas las leyendas en curso y a todas las mentiras llamadas Religión, Patria, Familia, Propiedad y Estado, las verdades que nosotros enseñamos chocan con enconadas resistencias y una incomprensión que es en extremo difícil sobremontar. Es por la misma razón de todas estas consideraciones que, en el arte de la palabra al cual os queréis dedicar, debéis empezar adquiriendo y practicando, por encima de todo, el no menos arte de la sencillez. Ser sencillo en los discursos, es decir claro y preciso, es hacer uso de expresiones conocidas y cuyo sentido no se presta a ninguna ambigüidad; es tratar de hacer comprender por todos los medios la definición, el comentario, la citación, la anécdota, la reminiscencia, la comparación, el contraste, la imagen, es decir todos los procedimientos por los cuales, partiendo de la idea abstracta, van hasta la aplicación concreta; es, en una proposición a veces oscura y dudosa al

---

7.—Pongo el término en francés, pues carece de equivalente en castellano.

8.—En tiempos de los trascendentalistas de Nueva Inglaterra, entre los que se destacó el gran fisólofo Emerson, se usaba mucho el leer conferencias que habían sido escritas de antemano. Costumbre que venía de la vieja Inglaterra. Menciono esto aquí porque Faure lo olvida. Así que hasta la palabra más usual en inglés empleada por «conferencia» es **lecture** que procede del latín.

prncipio, proyectar gradualmente la luz y la precisión que la ponen al alcance de todas las inteligencias y de todas las culturas; es dar al pensamiento que se expresa una claridad que lo hace accesible a la comprensión de todos. El propagandista anarquista no se dirige solamente a esa parte del auditorio que, ya iniciada, por una cultura general, al examen de losgrandes problemas, puede penetrar sin gran esfuerzo el pensamiento del orador; se dirige a todos los que componen la asamblea (9); los menos letrados no son forzosamente y siempre, los menos inteligentes; pero su instrucción simplemente primaria impone al orador que ambiciona convencerlos o hacerse oir por todos, la sencillez que acabo de mencionar. ¡Y qué alegría para el orador, cuando se da cuenta que ha hablado de modo a hacerse comprender por todos, sin excepción, y que ha tenido éxito!

»Después de la charla o la conferencia, hay la discusión abierta, la contradicción. Jóvenes amigos, no conviene emocionarse ni turbarse: para un anarquista, la contradicción es el terreno que le es más favorable, en el cual se mueve con más facilidad y seguridad, en donde se siente y es positivamente el más fuerte. Lo esencial es que haya estudiado profundamente su tema, que no haya omitido ningún aspecto, que haya vuelto y revuelto todos los rincones, en una palabra, que lo posea totalmente. En este caso, puede estar confiado: ningún ataque podrá sorprenderlo y, sean cuales sean la actitud y la elocuencia del adversario, su réplica estará lista y no tendrá que esforzarse mucho en refutarla y en abatirla. El orador anarquista sólo tiene que afirmarse sólidamente en los principios fundamentadles del Anarquismo; no dejar que el debate salga del cuadro tratado; y la comparación, es decir, la oposición establecida entre la tesis del contradictor, no importa cua sea y quien la emita, bastará para hacer comprender a todo auditor imparcial y consciente, la superioridad de la ideología y de la táctica anarquistas (10).

»Para vosotros, jóvenes amigos, solamente veo dos escollos: la presunción y el descorazonamiento: no penséis que los comienzos serán fáciles, y así todo irá mejor. Yo he conocido, hace ya unos cuarenta y cinco años, la tristeza de las salas casi vacías; he visto a los organizadores de mis jiras de propaganda indignarse por la indiferencia en la cual estaba sumida la población de tal o cual localidad. He sufrido las calumnias malignas de unos y las insinuaciones pérfidas de otros. Conspiración del silencio, insultos, sarcasmos, ataques groseros de la prensa local, malevolencia y hostilidad, a veces brutales, de los partidos políticos y de sus adherentes, nada me fué ahorrado. Los viejos de hace cuarenta años, que aun están en el mundo de los vivos, recuerdan todo esto; recuerdan que hasta ellos mismos tenían que cuidarse y era tal vez para ellos más penoso que para mí, que al fin y al cabo solamente estaba de paso por sus pueblos. Comprended, pues, que no estaréis al abrigo de tales pruebas y viviréis más de una vez, horas enteras de descorazonamiento. Mas no os dejéis abatir por tales dificultades. Reaccionad y perseverad.

»El segundo escollo que os señalo y contra el que os pongo en guardia, es la presunción que podría suscitar en vosotros la comprobación de vuestros primeros éxitos. Presunción que os llevaría a concebir de vuestro saber y de vuestro talento, una opinión demasiado halagadora. Por lo tanto, persuadidos por una parte de que habéis adquirido un bagaje suficiente de conocimientos y que no tenéis necesidad de aprender más; que, además, habéis hecho en el arte de hablar en público todos los progresos deseables y que habéis alcanzado un nivel que no necesitáis sobrepasar, no trabajáseis más en la adquisición de un saber más extenso y más profundo; no sintiéseis ya la necesidad de perfeccionaros en el arte oratorio; y, reposándoos en vuestros laureles, resbaláseis insensiblemente por la pendiente de la pereza, sin dudar deque la inactividad intelectual arrastra a una languidez y debilidad de las facultades cerebrales.

»Tales son, jóvenes amigos queridos, los dos escollos que, en seguida, os aconsejo evitar. Una cosa os persuadirá de esto: el ardor y la firmeza de vuestras convicciones. Sacaréis de vuestro indefectible amor a las convicciones que os animan, esa perseverancia en el esfuerzo de propaganda, que tenéis la resolución de cumplir y que, en las horas más difíciles, os reconfortará y os salvará de todo desfallecimiento. Y la llama idealista que lleváis en vosotros os empujará aun más a extender siempre el dominio de vuestros conocimientos y a cultivar sin cesar vuestros dones oratorios, a fin de servir hoy mejor que ayer y mañana mejor que hoy, la Causa que amáis.

»A esta Causa, la más justa, la más generosa, la más humana de todas, entregáos plenamente, queridos amigos; y esa entrega total de vosotros mismos os hará evitar el doble escollo: la presunción y el desfallecimiento.» (1).

Sebastián FAURE

(Trad. y notas de V. Muñoz.)

9.—Compréndase aquí el vocablo «asamblea» (conjunto de personas) y no se lo traduzca por «asamblea orgánica».

10.—Cabe recordar aquí también a ese otro gran orador libre que fué Han Ryner y, sus conferencias controversiadas, muchas de las cuales al ser taquigrafiadas, se publicaron luego. Véase su libro «Face au public».

11.—Sebastián Faure fué el «Demóstenes de la Anarquía», es decir el mejor orador que ha tenido el anarquismo en todos los tiempos.

Las actividades libertarias en el Mundo

DEL JAPON HERMANO

LA F.A.J. (Federación Anarquista Japonesa) nos ha enviado unos documentos, preciosos por su contenido, que revelan la variada actividad y el magnífico desarrollo del Movimiento Anarquista organizado, por tierras del Extremo Oriente.

El japonés es un pueblo que también ha sufrido como el que más de las guerras y de la opresión. El vasallaje a que ha estado sometido inclinó, a un pueblo tan pacífico como él, a la técnica guerrera y militar. De los desastres guerreros no es culpable él. La culpa recae en los que le han conducido a la guerra: la casta de fanáticos y nobles del Estado nipón.

Teniendo en cuenta esto, se comprende que en sus inquietudes sobresale una primera preocupación esencial y obsesionante: la paz. Mantener la paz. Alejar de sus ojos y de su memoria la posibilidad de una nueva guerra.

Su combate está centrado en ello y sobre ello hablan en muchas de sus expresiones y estudios.

Naturalmente, como la paz prima en todos sus actos y sobre la paz influye cualquiera de las actividades del hombre, a fin que la misma sea efectiva y eterna, estudian las bases de la sociedad para sentarlas sobre cimientos sanos y valederos. Atacan a la raíz, no a las ramas. Se interesan por el fondo, no por la forma. Quieren la Justicia, la Equidad, la Fraternidad y la Libertad.

LA POLITICA RUSA

En su órgano «Kuro Hata» (Bandera Negra) empiezan haciendo una crítica de la política mundial preguntándose: ¿Quién es el dueño de la Tierra?, ¿Qué ha hecho Rusia para mejorar la suerte de los pueblos? La «Luna Roja» (Sputnik) vuela alrededor del globo terrestre pero nada ha cambiado sobre la faz de la tierra que indique algún bien para la Humanidad. Al contrario, con el empleo que se hace de los últimos inventos de la ciencia, se acelera más y es más intensa, la intranquilidad de los humanos.

En un estudio ejemplar y enjundioso, el compañero J. Kubo, hace historia de los 40 años transcurridos después de la Revolución rusa. El satélite artificial — dice — le ha costado al pueblo ruso cinco mil billones de dólares, lo que representa el costo de mil millones de casas espaciosas y buenas.

La «luna roja» no se ha lanzado para servir al socialismo sino para poder transportar bombas A y bombas H. Desde luego, a los anarquistas no nos extraña tal cosa. Los que han fundado y sostienen un régimen a base de sistemas policiacos de la peor calidad; los que han construído campos de concentración y de muerte, cual el de Karaganda; los regímenes de terror y de miseria cual el de Rusia, no puede darnos nada para la paz.

«Los anarquistas desde un principio ya dijimos que la Revolución de Octubre imposibilitó la verdadera revolución; la Revolución social realizada por el pueblo mismo.»

K. Kondo presenta un informe del estudio realizado sobre la Revolución rusa y sus influencias en el Japón. De él se desprende que en marzo de 1918, en Tokio se reunieron los bolcheviques, los socialistas y algunos anarquistas. Entre ellos los compañeros S. Osagi y G. Muraki. En la reunión surgieron diferencias. Al día siguiente, un grupo de bolcheviques, a la cabeza del cual iba el jefe de Tokio M. Kitabatake, se escondió en un lugar determinado y atacó, revólver en mano, al compañero Muraki.

Esa es la característica internacional del bolchevismo.

Refiriéndose a la clase gobernante japonesa dicen: «La base del gobierno es el capitalismo. La pugna de los Estados, que es la pugna entre los miembros de la misma autoridad, termina siempre empujando a la guerra a los que no son ni autoridad ni gobierno; pues bien, en virtud de ello, resistir al gobierno, como lo hacen los anarquistas, es un deber. El anarquismo es el único cuerpo social que puede salvar a la humanidad. Es gracias al ideal anárquico de los hombres que la humanidad vió abolida la esclavitud, siempre contra la autoridad y contra el gobierno. El anarquismo preconiza la propiedad de nadie y la producción de todos. El anarquismo es la única esperanza y el último suspiro, que a la vez es el primero, del hombre. Somos antimilitaristas; preconizamos la fraternidad universal, por encima de las fronteras, de razas y de idiomas. Que los pueblos lo comprendan y no tardaremos en lograr nuestras aspiraciones más esenciales.

» Pelear contra el reino de la autoridad es nuestra principal misión. Ella se desprende de lo que queda dicho: de nuestras concepciones filosóficas y de las deducciones científicas, históricas y sociológicas.

» Queremos — dicen — el Comunismo en la Libertad. Eso puede ser realizable hoy mismo. Las tierras, las máquinas los laboratorios deben ser propiedad de la humanidad entera y no de la política o de un grupo de hombres.»

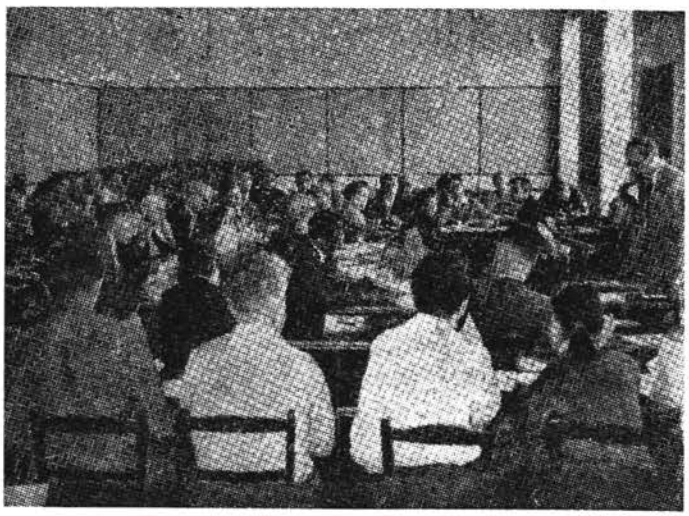
LA F.A.J. Y LA W.R.I.

La W.R.I. (Internacional de Resistencia a la Guerra y a la Opresión) se estudia por el compañero T. Venkura. Según éste, la W.R.I. tiene en el Japón a todo el estudian-

FUNDACIÓN ANDREU NIN
BIBLIOTECA

tado. El primero de octubre, sumándose a la huelga de metalúrgicos, que duró doce días, y la llevaban a cabo más de 12.000 sindicatos, unos 40.000 estudiantes desfilaron pidiendo la abolición de las armas nucleares. Desfilaron con carteles en los que la F.A.J. había escrito: «¡No cesaremos hasta que se hundan los monopolios capitalistas, causas de guerra!»

La W.R.I. tiene filiales en Norteamérica, India, Australia, Inglaterra y otras. Los isleños (eutónikos) realizaron una marcha desde Kochiken hasta el Japón. En ocasión de las recientes experiencias atómicas de la isla de la Trinidad, varios centenares de estudiantes manifestaron ante la embajada inglesa en Tokio. Como réplica,el traficante de la muerte T. Ichikaza, jefe del gobierno capitalista, hizo un discurso en favor de los armamentos atómicos.



Congreso de W.R.I.
El compañero T. YAMATA, secretario de la Federación Anarquista Japonesa, en el uso de la palabra.

En vista de ello, y para salir en ayuda de los estudiantes y contrarrestrar la vergüenza que supone para el pueblo japonés las palabras de Ichikaza, la Federación Anarquista Japonesa, en tanto que filial de la W.R.I. editó y distribuyó más de cien mil hojas en las que se exhortaba a la juventud a no participar en ninguna acción militar.

Al mismo tiempo que esto tenía lugar en el Japón, los miembros norteamericanos de la W.R.I. desfilaron ante White-House reclamando la prohibición de las bombas H y A.

Creen nuestros compañeros que debido a su acción, que, aunque no violenta, es compacta y unánime entre obreros, campesinos, estudiantes y ciudadanos en general, contuvo la ampliación de bases americanas y se le dió un golpe duro a la estrategia militar americana en Extremo Oriente.

La W.R.I. quiere la igualdad de razas.

Lucha contra el despotismo de las ideologías y de las religiones; contra la diferencia de clases.

Combate la economía capitalista.

Se enfrenta contra el Estado, porque en los Estados residen las causas más importantes de guerra.

Como la guerra es un crimen de lesa humanidad, lucha hasta la eliminación completa de los Estados.

De momento y para empezar, piden:

La destrucción de todas las bases militares del mundo.

La desaparición de los ejércitos.

Adaptación de las industrias de guerra en industrias de paz.

Para la juventud editan textos en los que se invita a rechazar toda participación y a no colaborar, sostener ni servir en el Cuerpo de Defensa ni en Ejército alguno.

En las reivindicaciones económicas quieren que termine la actual situación inicua del sistema de salarios. En el Japón resulta que el salario no es igual en todas partes. No es uniforme. En las empresas pequeñas un obrero gana 12.406 yens por mes mientras que en las grandes gana 19.982.

Además en las grandes trabajan 8 horas y en las pequeñas 12.

Las autoridades y el patronato dicen hacer eso para ayudar a sobrevivir a las pequeñas. En estas encuentran masa electoral, pues hay unas tres millones que no llevan más de 250 obreros cada una, cuando las grandes, unas 3.000, tienen a su disposición alrededor de 14 millones de operario, o sea un promedio de 5.000 cada una.

En los mismos documentos encontramos un trabajo pergueñado por K. Akijama sobre la literatura del Movimiento Anarquista, en él se citan copiosamente textos de las plumas más sobresalientes del anarquismo de cada país.

La impericia y degeneración en que vive y se desenvuelve la familia imperial también está descrita por M. Osane.

¡Noble pueblo japonés, dignos anarquistas del país del Sol, que al igual que los anarquistas del resto del mundo, sabéis interpretar la más pura de las filosofías y sabéis coordinarla con la única acción eficaz y salvadora. Los anarquistas de la vieja Europa os saludan!

Frente al latrocinio, a la opresión y a la guerra, la Revolución Social victoriosa.

J. ALAUDO

El pensamiento vivo de THOREAU

EL filósofo se adelanta a su época, hasta en la forma externa de su vida. Se alimenta, se alberga, se viste, se calienta, de modo distinto al de sus contemporáneos. ¿Cómo podría alguien ser filósofo, y no mantener su calor vital por mejores métodos que los demás hombres?

⁂

La mayor parte de los lujos, y muchas de las llamadas comodidades de la vida, no sólo no son indispensables; son, positivamente, impedimentos para la elevación de la especie humana. Respecto a lujos y comodidades, véase que los hombres más sabios han vivido siempre una vida más simple y reducida que la del pobre. Los antiguos filósofos—chinos, hindúes, persas y griegos—fueron gente de tal índole que no se recuerda a otros hombres más pobres en riquezas externas, ni más ricos en íntimas.

⁂

Nadie puede ser un observador imparcial o discreto de la vida humana, sino desde la ventajosa posición de lo que nosotros llamaríamos pobreza voluntaria.

⁂

El fruto de una vida de lujo es siempre un lujo, ya sea en la agricultura, el comercio, la literatura o el arte. Hoy día hay profesores de filosofía, pero no filósofos. Y si es admirable profesar la filosofía es porque otrora fué admirable vivirla. Ser filósofo no es meramente tener pensamientos sutiles ni fundar una escuela, sino amar la sabiduría de modo tal como para vivir, de acuerdo con sus enseñanzas, una vida llena de sencillez, independencia, magnanimidad y fe.

⁂

El éxito de los grandes eruditos y pensadores oficiales es, por lo general, un éxito de cortesano. Se arreglan para vivir meramente conformes, prácticamente como sus padres lo hicieron, y no son, en modo alguno, progenitores de una raza de hombres más noble.

⁂

Casi todos los hombres viven sus vidas en medio de una tranquila desesperación. No otra cosa es lo que se llama resignación. De la ciudad desesperada van al campo desesperado, y tienen que consolarse con la bravura del visón y de la rata almizclera. Una estereotipada, aunque inconsciente, desesperación se esconde hasta en los llamados juegos y diversiones de las gentes. No hay juego en dichos juegos, ya que todo esto viene después del trabajo. Pero una característica de la sabiduría es justamente no hacer cosas desesperadas.

⁂

Me dice un campesino: «¡Pero amigo! Usted no puede vivir sólo de vegetales, porque éstos no suministran nada con qué elaborar los huesos». Y por eso él consagra una parte de sus días a proveer a su sistema de la materia prima de los huesos, y mientras me habla camina detrás de sus bueyes, los cuales con sus huesos nutridos de hierba, lo hacen avanzar a él y a su perezoso arado, removiendo todos los obstáculos.

⁂

¡Anticiparse no sólo a la salida del sol y al alba, sino, si fuese posible, a la Naturaleza misma! ¡Cuántas mañanas, invierno y verano, antes de que ningún vecino se levantara para sus asuntos, estaba yo con los míos! Sin duda, muchos convecinos me han encontrado cuando volvía de mi empresa: hacendados que partían a Bostón al amanecer, o leñadores que iban a su trabajo. Es verdad que nunca ayudé a que el sol saliera: lo verdaderamente importante, no lo dudéis, era estar presente en aquel momento.

⁂

Por muchos años fuí inspector, instituido por mí mismo, de las tormentas de nieve o lluvia, y cumplí puntualmente con mi deber; inspector, si no de carreteras, de los senderos del bosque y los caminos que atravesaban solares; y los mantenía expéditos, con puentes hechados sobre las hondanadas, y transitables en toda estación, allí donde huellas de piés demostraban su utilidad.

⁂

Por mucho tiempo, puedo decirlo sin jactancia, atendí puntualmente mis naturales asuntos, hasta que se hizo de más en más evidente que los hombres de mi aldea no me admitirían, después de todo, en la lista de sus empleados municipales, ni harían de mi oficio una sinecura con modesto salario. Mis informaciones, que, puedo afirmarlo, presentaba puntualmente, no fueron oídas nunca, menos aún aceptadas y menos todavía pagadas o ajustado su precio. Pero yo no había puesto mis esperanzas en que lo fuesen.

⁂

Por las cercanías de mi pueblo he visto a los indios Penobscot vivir en tiendas de delgada tela de algodón, mientras había un pie de nieve en torno de ellas, y pienso que se habrían alegrado de que la nieve tuviera más espesor aun, para así resguardarlos mejor del viento. Al principio, cuando la manera de ganarme la vida honestamente, dejándome libertad para mis propósitos particulares, era un asunto que me hostigaba más que ahora, solía yo mirar un gran cajón junto a las vías férreas, de seis pies de largo por tres de ancho, en el cual los trabajadores guardaban sus herramientas durante la noche, y esto me sugería que un hombre que estuviese apremiado podría comprar uno igual por un dólar, y con hacerle con un taladro unos pocos agujeros, para que, por lo menos, entrara el aire, meterse en él cuando lloviera o por la noche, bajar la tapa, y tener así libertad, libre el pensamiento, para lo que ama. Esta no me parecía la peor alternativa, y de ningún modo una alternativa despreciable. Uno podría quedarse sentado en la cama tan tarde como le pareciera, y cuando se levantara y saliera afuera, ningún terrateniente o dueño de casa le perseguiría por el alquiler.

⁂

En el estado natural, toda familia india posee un alber-

gue tan bueno como el mejor, y suficiente para sus simples necesidades; pero creo que no me excedo si afirmo que si bien las aves del aire tienen sus nidos, y los zorros sus cuevas, y los nativos sus chozas, en la sociedad civilizada moderna sólo una mitad de las familias poseen su albergue. En los grandes pueblos y ciudades, donde la civilización prevalece de modo más notable, el número de las que lo poseen constituye una fracción muy pequeña de la totalidad. Los que no lo poseen pagan un tributo anual por esta que llamaremos «su prenda de vestir más externa», con el que podría comprarse toda una aldea de chozas indias; pero que por el momento contribuye a mantenerlos pobres durante toda su vida.

⁂

No me propongo insistir sobre la ventaja de alquilar una casa en vez de ser su dueño, pero es evidente que el indio posee su albergue porque le cuesta muy poco, mientras el civilizado alquila el suyo, casi siempre porque carece de recursos para comprarlo.

⁂

Pero, objetará alguno, por el mero pago del alquiler, el hombre civilizado pobre habita un palacio, en comparación con el indio. Además con un rédito anual de entre veinticinco y cien dólares, lo habilita para beneficiarse de los adelantos de los siglos, con aposentos espaciosos, pintados y empapelados, chimeneas Rumford, revoques interiores, celosías, bomba de cobre, picaporte, un cómodo sótano y muchas otras cosas. Pero, ¿cómo es que aquél de quien se dice que goza de esas comodidades, es tan a menudo un hombre civilizado pobre, mientras el indio, que no las tiene, es rico en su pobreza?

⁂

Tenía yo sobre mi pupitre tres pedazos de piedra caliza, pero me aterré viendo que tendría que quitarles el polvo diariamente, mientras todavía no había quitado el polvo del moblaje de mi mente; y disgustado los tiré por la ventana. ¿Cómo, pues, voy a tener una casa amueblada? Preferiría, más bien, sentarme al aire libre, para que ningún polvo se juntara sobre la hierba.

⁂

Los sibaritas y los disipados son los que establecen las modas que el rebaño humano sigue tan diligentemente. El viajero que para en las llamadas mejores casas pronto lo descubre, pues los hoteleros lo toman por un Sardanápalo, y si él se resignase a sus tiernas mercedes pronto se convertiría en un perfecto afeminado. Creo que tratándose de un vagón de ferrocarril, se está más dispuesto a gastar en lujo que en seguridad y conveniencia, y se corre el riesgo de que, descuidando estas últimas condiciones, se conviertan en salones modernos, con sus divanes, otomanas y quitasoles, y cien otras cosas orientales que se traen al oeste, inventadas para las señoras del harén y los afeminados naturales del Celesto Imperio, y cuyos nombres deberían causar vergüenza conocerlos. Yo preferiría sentarme en una calabaza y disponer de ella a mis anchas, antes que estar apeñuscado en un almohadón forrado con terciopelo. Preferiría viajar por la tierra en una carreta de bueyes, con circulación libre, antes que ir al cielo en el elegante vagón de un tren de excursión y respirar una atmósfera de malaria durante todo el trayecto.

⁂

Cuando contemplé cómo se construyen nuestras casas, cómo se las paga—o no se las paga—, y cómo es manejada y sostenida su economía interna, me asombro de que el piso no se hunda bajo el visitante que está admirando las chucherías colocadas sobre la repisa de la chimenea y lo haga caer al sótano, sobre una base sólida y honesta, aunque terrestre.

⁂

Quizás si los hombres construyeran sus moradas con sus propias manos y se proporcionaran alimentos a sí mismos y a sus familiares con sencillez y honestidad, la facultad poética se desarrollaría universalmente, tal como universalmente cantan los pájaros cuando están empeñados en esa tarea. Pero, ¡ay!, nosotros hacemos como el tordo y el cuclillo, que ponen sus huevos en los nidos hechos por otros pájaros, y no alegran a ningún viajero con sus notas chachareras y discordantes. ¿Siempre habremos de renunciar en favor del carpintero el placer de construir?

⁂

Las más interesantes moradas de este país, como no lo ignoran los pintores, son las menos presuntuosas, las chozas y casitas hechas de humildes troncos, comúnmente morada de los pobres. Es la vida de quienes las habitan—cuyo caparazón constituyen—, y no alguna particularidad de sus meras superficies lo que las hace pintorescas; e igualmente interesantes serán las casillas de los habitantes suburbanos, cuando sus vidas sean tan simples y gratas a la imaginación y haya tan escasa intención hacia el efecto en el estilo de sus moradas. Gran parte de los ornatos arquitectónicos son literalmente huecos, y un ventarrón de septiembre podría arrancarlos, como si fuesen plumas prestadas.

⁂

Alguien me dijo: «Me asombro de que usted no guarde dinero; a usted le gusta viajar; podría tomar el tren hoy e ir a Fitchburg y ver el campo.» Pero yo tengo observado que el viajero más rápido es el que va a pie.

⁂

Ese empleo de la mejor parte de la vida de uno en ganar dinero a fin de gozar una discutible libertad en el período menos valioso me hace recordar a aquél inglés que fué primero a la India para hacer fortuna, a fin de poder regresar luego a Inglaterra y vivir allí como un poeta. Debió haber subido a la bohardilla en seguida.

⁂

Suelo pensar que los hombres no son tanto los propietarios de los rebaños, como los rebaños los propietarios de los hombres; mucho más libres que estos últimos. Los bueyes y los hombres intercambian trabajo; pero si solamente consideramos el trabajo necesario, veremos que los bueyes están mucho más favorecidos; porque los hombres tienen que contribuir con mucho más. El hombre cumple una parte del trabajo que intercambia, preparando heno durante seis semanas, y no es juego de niños.

⁂

Si hubiera un país que viviera con sencillez en todas las cosas—algún país de filósofo—no cometería error tan grande como es el usar el trabajo de los animales. Por cierto, nunca hubo, ni es probable que haya en breve, un país de filósofos; ni siquiera estoy seguro de que sea deseable que lo haya. Sin embargo, yo nunca habría domado un caballo o un toro ni les habría dado de comer en consideración a la ayuda que me reportaran; habría temido convertirme en un hombre—caballo o en un hombre—rebaño; y si la sociedad parece ganar haciéndolo, ¿estamos acaso seguros de que la ganancia de

He aquí nuestra LUISA MICHEL POETA

II.—«A TRAVES DE LA VIDA»

ABRAMOS la colección de poesías de Luisa Michel, «A través de la vida», y, en su breve prefacio, leeremos:

«Para los que objetivamente buscan al individuo en sus actos y nuestra época en sus productos humanos, tres obras resumen este libro:

»Los fragmentos de la leyenda del Bardo, donde comienza el viaje de la vida; boca cerrada, ni un soplo humano hallamos en sus páginas; sólo el del huracán, que aulla en las playas y la leyenda de los océanos.

»Los fragmentos de la epopeya humana, en el momento en que todo dolor ha sido sobrepasado y la vida individual se mezcla con la nueva vida, fortaleciéndose con su contacto. Es la ley general del crecimiento que sigue a través de las transformaciones, de los seres y de los acontecimientos.»

Este pequeño manojo de poemas, muy difícil de encontrar, fué editado en la colección «Bibliothèque Universelle de Poche», por Fayard, y costaba la módica suma de 25 céntimos. No lleva fecha, pero todo hace suponer que fué impreso hacia fines del siglo pasado. A través de esas poesías en las que Luisa Michel evoca a quienes la educaron, encontraremos también algo relacionado con su vida. Algunos fragmentos de la leyenda del Bardo nos cuentan «Le voyage» y la «Légende d'Héna», de los que Luisa nos habla en sus «Memorias», las cuales ha matizado de poesías que nos recuerdan algunos pasajes de su vida.

«¡Cuán inmenso es el horizonte a la entrada del desierto!
—Niño, ¿dónde vas por ese nuevo sendero?
¿Hacia lo desconocido? ¿Allá? ¿Cuál es tu esperanza?
—¿Que dónde voy? No lo sé; hacia los horizontes bellos.
Al final de la vida, donde el viaje se ofrece y canta la
[armonía universal de las cosas.»

Lo que antecede es en cierto modo una profesión de fe; Irma Boyer lo ha expresado en su libro de forma pertinente.

1869. Nos hallamos en la víspera de la guerra franco-alemana. Es la hora en la que, formados en largas filas, hay quienes se van, sin dejar de proclamar, no obstante, su voluntad de paz. Pero hay también bandidos que quieren teñir de sangre sus laureles que ya sienten marchitos. Luisa dirige invectivas a Napoleón III y maldice al hombre que se empeña en utilizar el sable aunque Francia se hunda.

«Puesto que se desean combates y se quiere la guerra,
Pueblos, la frente baja, más triste que la muerte;
Es contra los tiranos que, juntos todos, hemos de combatir;
Bonaparte y Guillaume deben correr la misma suerte.»

Luisa Michel se halló ya al borde de la deportación cuando, joven maestra, algunos imbéciles la denunciaron por sus opiniones políticas. Por su parte se había empeñado en enviar colaboración a los periódicos de Chaumont. El Prefecto la mandó llamar para notificarle que, habiendo insultado al emperador, al compararlo con Domiciano, ello se prestaba a formular contra ella una acusación formal. Por ser demasiado joven para enviarla a Cayena las cosas quedaron así, sin otras consecuencias.

En algunos pasajes de sus «Memorias», Luisa Michel nos dice que en las regiones de Champaña y Lorena, hay infinidad de circunstancias favorables que concurren para que surjan poetas. «Aun en el caso de que yo no hubiera tenido cierta facilidad para rimar, ¡cómo no ser poeta!» A continuación hace la siguiente descripción del mismo:

«Por los caminos viejos, nevados en invierno, bordeados de espinos blancos en la primavera, y en los bosques negros y profundos, en los que campean los enormes robles cuyos troncos parecen columnas, se siguen todavía los caminos pavimentados por los dominadores romanos, despavimentados en muchos lugares por los invencidos galos».

¿No nos recordó también, de otra parte, su infancia feliz en el castillo de Vroncourt? «En casa, todos hacían versos y componían música».

Luisa Michel se inspira en la herencia de los bardos para hacer relatos legendarios en los que se mezclan los cantos de los pájaros de ese pequeño rincón de tierra, en

---

un hombre no constituya la pérdida de otro, y de que el muchacho caballerizo tenga el mismo motivo que su amo para estar satisfecho?

⁂

Es fama que esta población tiene los mejores establos para bueyes, vacas y caballos de todo el contorno, y que no está atrasada en cuanto a edificios públicos; pero hay pocos locales para el culto del libre pensamiento y para conferencias libres en todo el condado. ¿Por qué las naciones no buscarán destacarse y perpetuarse, más bien que por su arquitectura, por la belleza de su pensamiento libre?

⁂

¡Cuanto más admirable es el Bhagvat-Geeta, que todas las ruinas de Oriente! Torres y templos son el lujo de los príncipes. Un espíritu sencillo e independiente no trabaja a pedido de ningún príncipe. Un genio no es paniaguado de ningún emperador, ni son sus materiales la plata, el oro o el mármol.

(Selección de **V. M.**).

el que se desarrolla su infancia. Ella coloca sobre la mesa el cadáver de su vida y diseca a su gusto, pues, «las cosas tienen lágrimas», según dijo Virgilio, y Luisa Michel lo comprende y lo siente mejor que nadie. Ella nos lo cuenta tal como le sale.

En «La leyenda del roble» su pensamiento se precisa y se da por entero al combate contra las tiranías que oprimen a los pueblos.

«¡Qué bien se está, amigos, bajo los robles!»;
los robles guardan el juramento
de amores o de odios,
sobre las gotas de sangre de los vados».

Pero es en la poesía «Las golondrinas», publicada en el periódico de la juventud el 21 de abril de 1861, que Luisa Michel expresa el sentimiento profundo que le atenaza, el que siente por la libertad, por cuya causa está dispuesta a morir.

«Golondrina de ojos negros, golondrina yo te amo;
no sé cuál es el eco que tu canto me aporta
de orillas lejanas; para vivir, ley suprema,
como a ti me hace falta aire y libertad».

Sueño misterioso, ¿qué harás tú de mí?—escribía Luisa Michel al final de su poema sobre el viejo castillo de Vroncourt.

Y no tardó en dirigirse hacia la revolución. Todo la predisponía a ello. Su alimento espiritual, desde niña, fueron las lecturas de Voltaire y de J.-J. Rousseau que le facilitaba su abuelo, cuya biblioteca se hallaba bien nutrida de libros de éstos y de otros autores selectos. Su imaginación se fortifica y sus concepciones revolucionarias, poniendo más de relieve los sufrimientos de la humanidad.

Luisa Michel se dirige por los caminos de la libertad, y bien pronto tropieza con las dificultades de la vida. En esa época escribe «La Carmagnole des Gueux». Su «Chœur des Mineurs» precede a su «Chanson du Chanvre», que es, en su género, una pequeña obra maestra (1).

El dolor de los campesinos es más sombrío todavía que el nuestro—escribe Luisa Michel—; inclinados constantemente sobre la tierra ingrata, no obtienen de ella sino lo que les deja el amo, y ni siquiera pueden consolarles, como a nosotros, los altos vuelos del pensamiento.

«Para ti, campesino, esta canción de ira que germina en el surco; es un recuerdo de nuestro tiempo de lucha». (P. 183. «Memorias». La reproduciremos al final de este estudio).

Más tarde Luisa compone otras canciones: la de «Camelot», la de «Vagre», la del «Circo», todas ellas poco conocidas de nuestros amigos y compañeros. En todas ellas canta sus rebeldías y la vida libre a la cual ella va a consagrarse por entero, incluso más allá de los límites permitidos a la resistencia humana. Tanto es así que Luisa Michel se extingue usada, agotada. Dió a la causa de la libertad todo lo que tenía: vida, salud, dinero, afección y amor.

Saint-Just, este héroe admirado por Luisa Michel, parece inducirle hacia el trágico destino que debía tener.

«Saint-Just me decía en la lengua eterna
Escucha, tú, en la noche, esta voz que te llama;
Escucha, la hora suena; ven.»

¿Aspiraba ella al martirologio? Algo así nos indica la lectura de su poema fechado el 2 de mayo de 1861 titulado, **«Serment.** Les noirs devant le gibet de John Brown».

En la colección de obras póstumas escritas antes de la Comuna, muchos de cuyos poemas son recogidos en «A través de la vida», puede ser fácilmente apreciada la superación poética de Luisa Michel.

Batirse por la libertad ya lo hacía Luisa Michel, con su joven primo, en el patio de su vieja residencia, y ya se representaba esa libertad que ella exaltará más tarde en sus poemas. «A los del 92: Rouget de l'Isle-Garibaldi».

«Un día, cuando subíamos las gradas de un cadalso imaginario, cantando como locos, mi abuelo nos hizo observar que sería más digno que guardáramos silencio, pero que una vez arriba, debiéramos proclamar, por última vez, los principios en nombre de los cuales íbamos a morir. Así lo hicimos a partir de aquel instante.»

Pero lo que hay que comprender principalmente, es que, Luisa Michel Poeta, no está enamorada del arte por el arte. «Ningún otro poeta como ella—escribió Henri Barbusse—ha proclamado que el artista tiene una misión social a llenar y que la obra de arte debe ser en todo instante una acción.»

No era necesario formular hacia Luisa Michel ninguna reserva, pues, en su caso, la obra se confunde con la vida. Esta quedaba reflejada enteramente en sus poemas, tanto en su pensamiento como en su acción, así como en todo lo que eran sus aspiraciones. Todas las fuerzas de su propia vida las ponía al servicio de la justicia, de la libertad, de la humanidad.

Esta epopeya queda relatada en sus «Memorias» o cantada en sus poemas, en las que se mezcla, no obstante, la austeridad y cierto ascetismo, hasta el sacrificio total. Este don de ella misma, no obstante, no es hecho en favor de los ídolos nebulosos del cielo, sino para que triunfe en la tierra una causa justa, noble y palpitante: la Revolución Social.

HEM DAY

(Traducción de J. Borraz.)

(1) Fué puesta en música.

Los fundamentos del futuro libertario

ODA etapa de superioridad social descansa sobre creaciones humanas. El proceso de superación, que por ley natural ha de abrir brecha en adaptaciones del hombre a un desenvolvimiento más libre, nos hace augurar vamos a entrar en una fase donde serán muy grandes las responsabilidades para quienes encarnamos el pensamiento libertario. Las sedicencias autoritarias ya no asustan a nadie; viciaron al cuerpo social y se aceptan a sabiendas de que son fenómenos rutinarios. Se ha hecho verbo de honor recomendar a las masas sean humildes y trabajadoras, conducta que, si en este mundo resulta muy penosa, es el certificado a una vejez miserable o para sentarse en el banquete de los manjares celestiales. Esta moral tuvo una larga preparación y, aunque sólida como se requiere para sostener un régimen de variaciones gubernamentales, va a pasar a la historia como inservible.

Hacemos hincapié en que el trabajo es un factor básico en una sociedad que pretenda equilibrar el derecho y las obligaciones. Sin la formación personal que haga voluntaria la aplicación al trabajo no hay creación de riqueza para el uso equitativo. Si la adquisición de lo creado ha de ser indiscutible mediante normas de equidad, ha de comprenderse, también, que la aportación de esfuerzo o ingenio, inicialmente, ha de tener impulso voluntarioso.

Con el auxilio de la técnica que actualmente cuenta la humanidad, la solidaridad de esfuerzo tiene una capacidad creadora, inclusive reduciendo la intensidad de tiempo de los que trabajamos en esta sociedad de explotados y explotadores, de tres veces más del consumo indispensable. Quiere decirse con ello, que la miseria pasará a la historia juntamente con el capitalismo y el Estado.

La carencia de elementos indispensables que se constata en una gran parte de la población no se debe a que la Naturaleza y la Ciencia carezcan de recursos. Si es verdad que existen deficiencias, este fenómeno se debe, en parte muy considerable, a situaciones que comprende el conocimiento general. Entre los muchos factores que a ello contribuyen, uno, sin duda de los de mayor interés, es la presencia de un desconocimiento muy grande de lo que puede conceptuarse prodigios de la Naturaleza y de la Humanidad. Puede tenerse la seguridad que éstos, no obstante ser previstos por algunas vías ideológicas, sólo se harán efectivos, como realidad social, cuando la conciencia del hombre se inspire en lazos de solidaridad. Entonces habrá un fomento de elevación e irradiación con ambiente y posibilidades de fecundar los grandes atributos éticos... Sin esas condiciones, todo esfuerzo individual que pretenda desplazarse de lo que es la base de garantías ofrecido por el conjunto humano alcanzará un fracaso.

«No te pierdas en abstracciones quintaesenciadas — nos dice Proudhon —, y reputa la era de la felicidad y la edad del trabajo como de períodos consecutivos de la historia. No se trata aquí más que de una correlación. La dicha y el trabajo son gemelos; no haya entre vosotros esclavos; cada cual tenga su parte de gloria; sed todos discípulos, compañeros y maestros unos de otros; en estas condiciones el trabajo será leve, y el placer alejará de entre vosotros el dolor.»

Admitamos esta filosofía proudhoniana como prodigio persuasivo. Es todo un poema de sabiduría. Las abstracciones sistemáticas no son edificantes; para las personas normales la felicidad solo se origina en el trabajo. La antinomia se yergue lacerante al constatar que los menos felices de entre los humanos son los que más trabajan. Por eso la próbida recomendación de que «no haya entre vosotros esclavos», y «sed todos discípulos y maestros unos de otros».

Cuando ponemos la mirada en esas maravillas que circulan como mensajero venturoso, quisiéramos transportarlas al ánimo de todos los humanos, para que gozaran de su contenido y originaran sanas reflexiones. De todos modos, la gente está obligada a darse cuenta es indispensable traducirse en entes de utilidad social y a tender lazos de solidaridad por donde quiera haya seres humanos. Debería estar generalizada la noción de que todo lo existente es resultado de la cooperación universal, directa o indirectamente. La riqueza que sirve de felicidad a unos cuantos, y que puede serlo de todos, es la expresión del trabajo coordinado de los supeditados a la explotación capitalista. Aparte de existir aparentes límites que impiden ver la aportación de muchas personas, existen razones y condiciones antepuestas por las corrientes privilegiadas que impiden se penetre en el fondo de la verdad. Tal ocurre, también, en la producción industrial, donde concurren materias básicas de distinta procedencia, aunque luego en los mercados se defiendan como artículos nacionales.

Toda una escala de intervenciones, especialidades y grados de esfuerzo, resume el sistema de producción útil, que en justicia debería estimarse de utilidad social. A eso tiende el pensamiento libertario. Equivale su previsión a una relación entrañable de las facultades del hombre tendente a conceder a los productores el derecho de adquirir según necesidades normales.

Todo cuanto acabamos de señalar, cuya base indiscutible es de proporción ilimitada, son resúmenes de coordinación del entendimiento humano. Y quiérase o no, afianza la perspectiva de una estructura social bosquejada sólo por el pensamiento libertario. Decimos bosquejada porque, mirando los problemas del hombre desde el ángulo libre que en justicia le corresponde, todas las formas concretas que se anticipen como programas, o estructuras que se pretendan inamovibles, terminarán en dificultades contra las cuales emprenderán la lucha las inteligencias y sentimientos que hayan superado la previsión anticipada como fórmula definitiva. Se hace indispensable bosquejar, adaptando las conquistas reales de la vida a las líneas trazadas, pero siempre dejando margen a las alteraciones fundamentales de la ciencia. En ello radica el carácter universalista del anarquismo, su dinámica constructora, y su espíritu abierto a la amplia y constante progresión.

Nada tan opuesto al pensamiento libertario como el espí-

ritu de secta. Sectas y nacionalismos se identifican. Tal como se ha comprobado, desde la nación, el partido o la religión, no dejan de delinearse normas de trabajo, y necesidades humanas, aludiendo la producción y la felicidad. El capitalismo, según las encíclicas recientes del Papa, después de santificar la esclavitud, de bendecir la mansedumbre y condenar las rebeliones obreristas defensoras de la libertad, abre una cruzada de aparente defensa proletaria, recomendando al capital y al trabajo tomen como árbitro de armonía las recomendaciones vaticanistas. No faltará quien se conmueva ante las súplicas de la voz divina y afirme está más que nadie en las vías del progreso. No sin fundamento nos dice Proudhon: «¡Cuánto ha contribuído a la bancarrota del Cristianismo este entusiasmo del trabajo, tan estupendamente ignorado por nuestros prohombres de la Iglesia y del Estado!».

Dentro de la esfera nacional existen muchos sectores cuya tesis y táctica antagonizan, apreciando lo que debe ser el trabajo, pero ninguno de ellos garantizará la condición humana que en el trato merece el trabajador. Para desvirtuar la entraña de tan doloroso exponente, en los sectores de opinión política, donde tan visibles existen explotados y explotadores, intereses de sentido tan opuesto, se exalta la esencia del esfuerzo como símbolo de honor personal. La honradez estriba, según el credo que nos recomiendan, en producir sin mirar quien lo va a consumir. Estas características, opuestas al universalismo en el orden laborioso, anulan la consecución progresista que el hombre debe desarrollar en su esfuerzo regular y científicamente aplicado.

Para todos estos errores existen vías de rectificación. La medida preliminar consiste en hacer desaparecer el interés de secta, o de nación, cediendo a la convicción personal de que todo, donde quiera que se halle, creado o transformado por las capacidades más competentes, sea patrimonio de usufructo común. Sentada esta premisa, que no puede ni debe ser fórmula de código, y sí sentimiento que regula e impulsa en todos los humanos, la libre circulación de los elementos útiles se incorpora a un desenvolvimiento con capacidad y perspectivas de satisfacer todas las necesidades de la Humanidad. Esto equivale a la expansión de todas las potencias intelectuales, y a la apertura hacia la superficie social de las que hay latentes en el hombre, con mérito para levantar y perfeccionar especialidades, con vías expeditas a los yacimientos de recursos que se hallan en el suelo, en el subsuelo y en la atmósfera a disposición de la felicidad humana.

«Por pequeño que sea el esfuerzo («Origen del Movimiento Sindicalista», de Palmiro Marba, pág. 537), desplegado, por ínfimo que resulte el objeto propuesto, mientras tienda a un mayor perfeccionamiento de las cosas o trate de mejorar la existencia de los humanos seres, necesitará siempre el concurso de muchas inteligencias y voluntades, que armonizándose unas con otras ejecutarán la labor o la obra deseada, unas veces perfecta, otras defectuosa, pero siempre renovadora y fecunda.

El individuo, por sí solo, no reúne todas las cualidades y elementos indispensables para impulsar el progreso de la Humanidad; fáltale la cooperación de otras energías que, concentradas, constituyen la poderosa fuerza a cuyo combate ceden los obstáculos, por grandes que parezcan, y desaparecen todas las resistencias, por innumerables que sean.»

Hénos aquí, pues, ante una inferencia de orden humano y científico, que nos integra a todos a la vida comunitaria, con la seguridad de que la amplitud de satisfacciones de todo orden que ello proporciona rebasa el nivel satisfactorio que gozan los hoy privilegiados. Siguiendo la utilidad general, en el uso de elementos favorables que dispone el Universo, se llega cada día con más firmeza a la compenetración de intereses, o sea, a la sociedad que dispone de todo y para todos en abundancia. Como exponente esporádico puede darse el caso, en el seno de este conjunto universal, y ello no puede asustarnos, que por alguien se reclame independencia de acción y responsabilidad de la gran comunidad libertaria. Nos inclinamos a señalar la conveniencia de otorgar esas facultades de orden individual, aunque fueran de más amplia irradiación, seguros de que todas las ventajas están en favor de la más vasta cooperación. Los resultados simples del esfuerzo individual, por más largos y variados que el buen propósito quiera hacerlos, resultarán de poca eficacia ante la magnitud y calidad de lo que puede levantarse con la cooperación universalista y comunitaria.

Severino CAMPOS

Un sueño de Judas

La noche que precedió a la traición, Judas de Keriote fué visitado por un sueño.

⁂

Se encontraba en la orilla del lago de Tiberiada. Ligero como una aparición, marchaba Jesús por encima de las aguas. Llamó a Judas. Pero, inquieto por su pesadez demasiado conocida, titubeaba el discípulo, terminando por sacudir la cabeza en el gesto que dice: No. Y en sus labios sentía la sonrisa de la prudencia.

Pero ¿qué era pues, aquella corona que parecía danzar en la cabeza del maestro? Eran monedas de plata. Y, en efecto, danzaban. Semejando, a veces, rostros y gestos de cortesanas. De tanto en tanto parece empujarlas de abajo y sus pies tiemblan como en una trampa que se hunde. Se agarra a Jesús y lo abraza con fuerza. Para las manos que, también ellas, dirigen hacia Judas gestos de llamada.

Y dice golosamente:

—¡Se diría que hay treinta!

Tendido hacia ellas, resiste un poco, pero pronto obedece a sus gestos y a sus sonrisas.

Cierto, el pie, primero se posó con temor sobre el agua que, sin duda, va a abrirse. Pero no, levantado por el deseo, no se hunde el avaro. El éxito lo enardece. Y ya no posa con cuidado el pie. Pronto se apresta a correr. Y llega.

Desde que levanta la mano para recoger las monedas sobre la cabeza que las ignora, une fuerza le atrae hacia inclinarle la cabeza y facilitar la cosecha, besa la boca del maestro. Y he ahí como los dos se hunden, mien-

MICROCULTURA

143. — El palacio presidencial de Buenos Aires, la «Casa Rosada», fué bombardeada por unos militares, estando en su interior el entonces presidente de la República, dictador Juan Perón (1955).

144. — La propiedad — decía Proudhon — es un robo. Al derecho de propiedad terrícola, llamaban los romanos con el nombre de «mancipio» de donde deriva el término castellano «municipio».

145. — Se llama «lechuzo» a un individuo que anda en comisiones, y es enviado a ejecutar los despachos de apremios y otros semejantes.

146. — Al que tiene por oficio labrar piedras preciosas se llama lapidario.

147. — Indibil y Mandonio fueron dos cabecillas españoles que se sublevaron contra los romanos (España Tarraconense), en el siglo III antes de la era moderna.

148. — Gregorio Martínez Sierra, poeta, novelista y autor dramático español escribió «Tú eres la Paz».

149. — Cuando el vocablo «el» es artículo se escribe sin acento. Lleva acento cuando es pronombre personal (tercera persona del singular).

150. — Jajuya es un pueblo que fué teatro de una sangrienta lucha en Puerto Rico, contra los estadounidenses.

151. — Las «Vísperas sicilianas» fué una matanza general de los franceses militaristas que tuvo lugar en Sicilia (1282), bajo el gobierno de Carlos de Anjou.

152. — El símbolo de las antiguas libertades vascas es el árbol de Guernica (GUERNIKA'KO ARBOLA).

153. — Se entiende por «balcanización de Europa» a la existencia de diversos Estados secundarios surgidos a consecuencia del desmembramiento del imperio austro-húngaro.

154. — El pacto de Kellog, fué firmado en agosto de 1928 entre los Estados Unidos y la mayoría de las naciones europeas, mediante el cual las partes contractantes «se comprometían a no emplear la guerra como instrumento político». Y la farsa continúa a través de pactos y más pactos...

155. — La fama del árbol de Guernica se debe al recuerdo de que bajo su ramaje se celebraban las Juntas de Vizcaya.

156. — El 30 de enero de 1933, el mariscal alemán Hindenbourg, encargó la formación del gobierno alemán a Adolfo Hitler. Las desastrosas consecuencias de tal paso son de todos conocidas.

157. — Tú, monosílabo acentuado significa pronombre personal (segunda persona del singular), mientras que la misma palabra sin acento representa a un adjetivo posesivo.

158. — El 12 de febrero de 1934 estalló en Austria la guerra civil, entre la Heinwehr, que tendía a implantar un régimen nacionalsocialista moderado, y los socialdemócratas, organizados en la Schutzbund. Si serán tontos de remate los hombres, al derramar su sangre por semejantes tonterías.

159. — Filira, en mitología, era la amante de Saturno, con la que tuvo un hijo: el dipocentauro de Quirón. También era Filira la hija del Océano (mitología).

160. — Se llama filmoteca, a una colección de películas cinematográficas.

---

tras las monedas de plata siguen suspendidas en el aire y, diríase, sostenidas divinamente.

Fuertemente abrazados, Jesús y Judas se hunden con lentitud inexorable. El agua ya les llega al cuello. Judas, deslumbrado, ve siempre los treinta dineros que danzan una ronda y que ahora cantan un coro:

—¡Gloria a ti, Judas! Si siempre sabes y proclamas con todos tus gestos que nosotras somos las solas divinidades. Pero cuidado con renegarnos y robarnos una parte de tu corazón. Porque morirás. Ama solamente a nosotras. Ofrécenos sin escrúpulos todos los sacrificios y nada ha de pasarte.

Mientras tanto Jesús le decía:

—Ama sólo al Hijo del Hombre, afin de que seas salvado del remordimiento, afin de que seamos salvados de la muerte.

Pero las monedas danzantes:

—No ames a nadie más que a nosotras, afin de que seas salvado del remordimiento y de la muerte.

Por desgracia, Judas no acertaba a reunir su corazón para darlo, aquí o allá, todo entero.

Sus contradictorios deseos y el balanceo que lo llevaba de lo uno hacia lo otro, de lo otro hacia lo uno, lo hundían de más en más. Se hundía con Jesús al que no soltaba, el que no lo soltaba. Escapar del abrazo de amor sería la salvación; pero no tenía valor para hacerlo. Que olvide pues las monedas y se dé unánime al amor: los dos hombres nadarán de acuerdo, llegarán a la orilla sin esfuerzo. Pero, incapaz de huir la sonrisa y los guiños de las monedas de rostros de cortesanas, es hacia ellas que tiende su esfuerzo, mientras que Jesús empujaba hacia el otro sentido. Mutualmente contrariados, los dos movimientos de vida hacen la muerte.

Judas se desesperaba y se sentía abandonado. Entonces una voz proclamó:

—Nunca podrás tú servir a dos Amos a la vez.

Voz múltiple. En conjunto procede de Jesús y de las monedas que danzan. Demasiado tarde para que la palabra sea llamada o advertencia. Pues ya no es más que condena y maldición.

El agua irresistible invade la boca, invade las fosas nasales.

⁂

Judas se despierta con demasiado agonía. Y lo mismo que se sacude un perro mojado, sacude hacia el olvido la humanidad terrible y buena del sueño profético.

HAN RYNER

(Trad. V. M.)

161. — Se llama «firmón» al grafomano que por interés firma escritos o trabajos facultativos ajenos.

162. — Carlos V, otro megalómano y mandón, falleció en el monasterio de Yuste, en Extremadura (España).

163. — La C.E.D.A. (Confederación Española de Derechas Autónomas), triunfó en las elecciones de noviembre de 1933, en plena «república de trabajadores de todas clases», que así se conocía a la república española.

164. — El 4 de octubre de 1934 estalló la revolución social en la montañosa Asturias, para honra del proletariado de España y del mundo entero, en su secular lucha hacia un mundo social sin amos ni esclavos.

165. — La palabra «ghetto» (barriada de judíos) viene del italiano «borghetto», pueblecito.

166. — Los mongoles y calmucos religiosos, adoran a Gundjerik, dios tricéfalo. Hay dioses para todos los gustos.

167. — El «pájaro divino» que, según la mitología indica, sirve de cabalgadura a Brama, se llama hamsa...

168. — La capital de Servia era Belgrado, que ahora lo es de Yugoslavia.

169. — El tiranicida italiano Zangara trató de asesinar al presidente Franklin Delano Rooosevelt, en 1933.

170. — Por su oposición a la esclavitud de los negros, fué asesinado el presidente Lincoln por el actor Juan Wilkes Booth, partidario de los confederados del sur de los Estados Unidos, durante la guerra civil en dicho país.

171. — El 9 de octubre de 1934, en Marsella, murieron asesinados por un tiranicida, el ministro Barthou y el rey Alejandro de Yougoslavia. Narran las crónicas, que fué debido a las órdenes de Ante Pavelitcht, terrorrista yugoslavo.

172. — Los Estados alemanes controlados por los norteamericanos después de la Segunda guerra mundial eran Hesse, Baviera, y Wurtemberg-Baden.

173. — El mariscal Tito de Yugoslavia, comunoide que vive «a cuerpo de rey» con el cuento del socialismo de Estado, se llama Josip Broz.

174. — También el paranoico Stalin (según el calificativo de los actuales jerarcas moscuteros) se llamaba José y de apellido Dzugashvili.

175. — En el río Elba se encontraron las tropas norteamericanas y rusas durante la Segunda guerra mundial del Estado.

176. — A lo largo del paralelo 49 corre la frontera entre los Estados Unidos y Canadá.

177. — Lope de Vega, poeta dramático español, llamado «el Fénix de los Ingenios» (1562-1635), escribió la comedia «El caballero de Olmedo».

178. — José Anselmo Clavé, músico español nacido en Cataluña (1824-1874), impulsó el canto coral en España.

179. — Los aglabitas fueron una dinastía árabe que reinó en la mayor parte del norte de Africa del año 800 al 909 de nuestra era. Durante el reciente conflicto de Suez, un diario egipcio dijo que «Nasser conduciría a los árabes a un imperio como el de los aglabitas».

180. — Las elecciones que motivaron que las derechas españolas desencadenaran la última guerra civil en España, se celebraron el 16 de febrero de 1936, triunfando en ellas el llamado Frente Popular.

181. — Un funcionario en desgracia, Eufemio, permitió que los aglabitas se apoderaran de Sicilia. Esto demuestra que todo Estado tiende a la gigantanasia. Así siempre sucedió y sucederá hasta que «el enemigo público número uno: el Estado» haya desaparecido, y en su lugar se establezca la Federación Libre de los pueblos del mundo.

182. — Focio, fué el patriarca de Constantinopla que suscitó el gran cisma de los griegos en el 858 de nuestra era, lo cual viene a demostrar, que todo hombre de Estado es un «homo belicosus».

183. — Cuando los francos conquistaron Cataluña en el siglo IX de la era actual, tal región se llamaba: «la Marca Hispánica».

184. — «Donado Hablador» es una novela picaresca de Jerónimo de Alcalá (1624).

185. — El Pongo de Manseriche es una angostura peligrosa del río Marañón, alto tributario del Amazonas, donde termina la navegación a vapor.

186. — El teatro se originó en Grecia, con motivo de la fiesta de las vendimias, en honor de Dionisios.

187. — La base de la vida oceánica, es el plankton, o sea la enorme cantidad de pequeños organismos que flotan en el agua y que sirven de alimentos a diminutos peces y a grandes cetáceos.

189. — La carne del lirón, que es un roedor, era para los antiguos romanos un verdadero manjar.

190. — La escritora francesa Georgette Leblanc se enamoró de Maeterlink sin conocerlo personalmente y persiguió al famoso poeta belga hasta «casarse» con él.

191. — Se supone que en los cromosomos de la célula, están los genes, que fijan los caracteres hereditarios, siendo éstos, pues, los supuestos elementos biológicos que transmiten la herencia.

192. — Colón tiene dos tumbas, una en la catedral de Sevilla y otra en la capital de Santo Domingo. Pero es más que probable que sus restos no estén en ninguna de las dos.

193. — El 75 por ciento de los yugoslavos hablan el serviocrata. El resto (dos millones de personas) hablan el esloveno. Pero hay numerosos dialectos.

194. — La sequoia, árboles milenarios de California, alcanzan hasta doce metros de diámetro en sus troncos.

195. — El «gambusio» es un pez muy útil, pues se come las larvas del anófeles en los pantanos y se les utiliza para combatir el paludismo.

196. — El examen de más de 1.000 antiguos cráneos griegos demostró que dos mil años antes del hipotético Cristo, ninguno de ellos tenía sífilis. Adelanta la ciencia, pero las enfermedades se agigantan también.

197. — Acaba de informarse desde Mount Palomar que la galaxia Andrómeda se encuentra a más de veintidós trillones de kilómetros de distancia de la Tierra; en ella se han descubierto «nebulosas planetarias».

198. — Para producir una tonelada de pulpa de papel se necesitan más de ciento cincuenta mil litros de agua; y para convertir dicha pulpa en una tonelada de papel se requiere algo más de ciento veinticinco mil litros del precioso líquido.

199. — Se desarrolló una batería del tamaño de un centímetro cuadrado, capaz de producir electricidad de voltaje constante durante dos años.

200. — El estudio de los camellos en el Sahara ha demostrado que no poseen ningún compartimento para almacenar agua, pero que son capaces de soportar largos períodos sin beber, pues aguantan mucho calor sin transpirar.

Una realización de

SUNO

Société Générale d'Impression, 61, rue des Amidonniers.—Le Gérant : Etienne GUILLEMAU. Toulouse (Hte-Gne.)

POETAS DE AYER Y DE HOY

CAUTIVERIO

Los años del cautivo ruedan lentos
por la llanura abstracta de la espera:
Vuelta tras vuelta
el cero marcha en pos del infinito
mas nada parece que se mueva.
En la forma sin fondo del encierro
—todo cifra, increíble adición de negaciones—
sólo el absurdo tiene la palabra.
Martillazos de Cronos, los segundos,
—exasperante ronda de impotencias—
resuenan en las sienes del cautivo.
Se confunden verdades y mentiras
en un caos de ensueños y dolores;
sucédense las noches angustiosas,
la obsesión centellea en sus tinieblas
y en las entrañas de las horas mueren,
aun antes de nacer, las esperanzas.
El tiempo pasa, pero sólo deja
de hastío y aflicción profundas huellas
y ningún sedimento de ternura.
Sobre el rimero informe de los días
la hoguera de los odios va quemando
la inútil juventud de los cautivos.
Nada queda después que el tiempo es ido...
y cuando el fin del cautiverio llega,
el hombre y su gran cruz, todo es ceniza.

Liberto SARRAU

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

COLECCION «RADAR»

«Origen del socialismo moderno»: Horacio E. ROQUE, 150 francos.
«Biografía Sacra»: Luis FRANCO, 200 fr.
«Capitalismo, Democracia y Socialismo libertario»: A. SOUCHY, 130 fr.
«Alejandro Korn, filósofo de la libertad»: F. ROMERO, 150 francos.
«Arte, poesía, anarquismo»: Herbert READ, 150 fr.
«Ni víctimas ni verdugos»: Albert CAMUS, 100 fr.
«Reivindicación de la libertad»: G. ERNESTAN, 150 fr.

COLECCION «CENIT»

«Idearío»: Ricardo MELLA, 250 fr.
«El fascismo en la ideología del siglo XX»: Carlos M. RAMA, 130 fr.
«Frente al público»: Sebastián FAURE, 130 fr.
«Antología Libertaria»: Textos de Eliseo RECLUS, Miguel BAKUNIN, Pedro KROPOTKINE, Cristina CORNELISSEN, Carlos CAFIERO, 130 fr.
«La Grecia Libertaria»: Han RYNER, 60 fr.
«Biografía de Bakunin»: James GUILLAUME, 60 fr.
«Crítica anarquista de la sociedad actual»: Profesor OITICICA, 50 fr.

BIBLIOTECA DE CULTURA SOCIAL

«Horas de Lucha»: M. G. PRADA, 550 fr.
«Teatro argentino de Alberto Ghiraldo» (2 tomos), 1.650 francos.
«El sistema cooperativo»: James PETER WARBASSE, 600 francos.
«De la crisis económica a la guerra mundial»: Henry CLAUDE, 500 fr.
«Incitación al socialismo»: Gustav LANDAUER, 600 fr.
«Génesis, esencia y fundamentos del socialismo»: Emilio FRUGONI (2 tomos), 1.300 fr.
«Civilización del trabajo y de la libertad»: Curio CHARAVIGLIO, 630 fr.
«Obras completas de Rafael Barret» (3 tomos), 2.200 fr.
«Historia del Primero de Mayo»: Maurice DOMMANGET, 1.200 fr.
«Democracia cooperativa»: James PETER WARBASSE, 1.000 francos.
«El Humanitarismo»: Eugen RELGIS, 900 fr.
«Carteles»: Rodolfo GONZALEZ PACHECO (2 tomos), 1.360 francos.
«Psicología humana»: Joao de SOUZA FERRAZ, 750 fr.
«Límites y contenido de la metafísica»: Pedro SANDENEGUIER, 750 fr.
«La conquista del Pan»: Pedro KROPOTKINE, 350 fr.

BIBLIOTECA DE CULTURA SEXUAL

«El sexo en la civilización»: Varios autores, Introducción de Haverlock Ellis (3 tomos), 1.425 fr.
«La cuestión sexual»: Augusto FOREL (3 tomos), 1.350 francos.
«La madurez del amor»: Edward CARPENTER, 450 fr.
«Física del Amor»: Remy de GOURMONT, 500 fr.
«La selección sexual en el hombre»: HAVELOCK ELLIS, 500 francos.
«Control de la concepción»: Alejandro LENARD, 450 francos.
«Manual del Matrimonio»: H. y A. STONE, 500 fr.
«El alma y el amor»: Magnus HIRSCHFELD, 500 fr.
«Psicoanálisis de la familia»: J. C. FLUGEL, 960 fr.
«Tipos psicológicos»: C. G JUNG, 630 fr.
«El psicoanálisis de hoy»: Varios autores, 1.200 fr.
«Matrimonio de compañía»: Ben B. LINDSEY, 330 fr.
«Historia del amor»: Marguerite CREPON, 300 fr.
«Sexo y plenitud humana»: Juan C. PELLERANO, 200 francos.
«Ensayos sobre la vida sexual»: Dr. Gregorio MARAÑON, 600 francos.
«El niño delincuente sexual y su evolución ulterior»: Lewis J. DOSHAY, 400 fr.
«El arte de elegir mujer»: SAR PELADAN, 350 fr.
«La inversión sexual»: HAVELOCK ELLIS, 200 fr.

BIBLIOTECA DE «SUPERACION PERSONAL»

«El sentido común», Yoritomo TASHI, 450 fr.
«Los objetivos, los obstáculos y los medios»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
«El arte de pensar»: Ernest DIMNET, 450 fr.
«La educación de sí mismo»: Dr. Paul DUBOIS, 450 fr.
«Método práctico de autosugestión y sugestión»: Paul C. JAGOT, 450 fr.
«El hombre que hace fortuna»: Silvain ROUDES, 450 fr.
«La lucha por el éxito»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
«El secreto de la concentración»: H. SALAS SUBIRATS, 450 francos.
«Cartas a su hijo»: Conde de CHESTERFIELD, 450 fr.
«La alegría del vivir»: O. SWET MARDEN, 450 fr.
«El hombre y el mundo»: Ralph WALDO EMERSON, 450 francos.

COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO».

«Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.
«Voltaire», por Arturo LABRIOLA, 420 fr.
«Tacito», por Gaston BOISSER, 420 fr.
«Bacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.
«Proudhon» (su vida y correspondencia), por C. A. SAINTE-BEUVE, 420 fr.
«Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.
«Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABRI, 600 francos.
«Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.
«Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.
«Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.
«Stuar Mill», por H. TAINE, 600 fr.
«Frobel», por G. PRUFER, 420 fr.
«Walt Whitman», por Luis FRANCO, 280 fr.
«Madame Stael», por Albert SOREL, 420 fr.
«J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

---

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos de envío a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Montseny — Servicio de Librería del Movimiento
4, rue de Belfort — TOULOUSE (Haute-Garonne)
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)